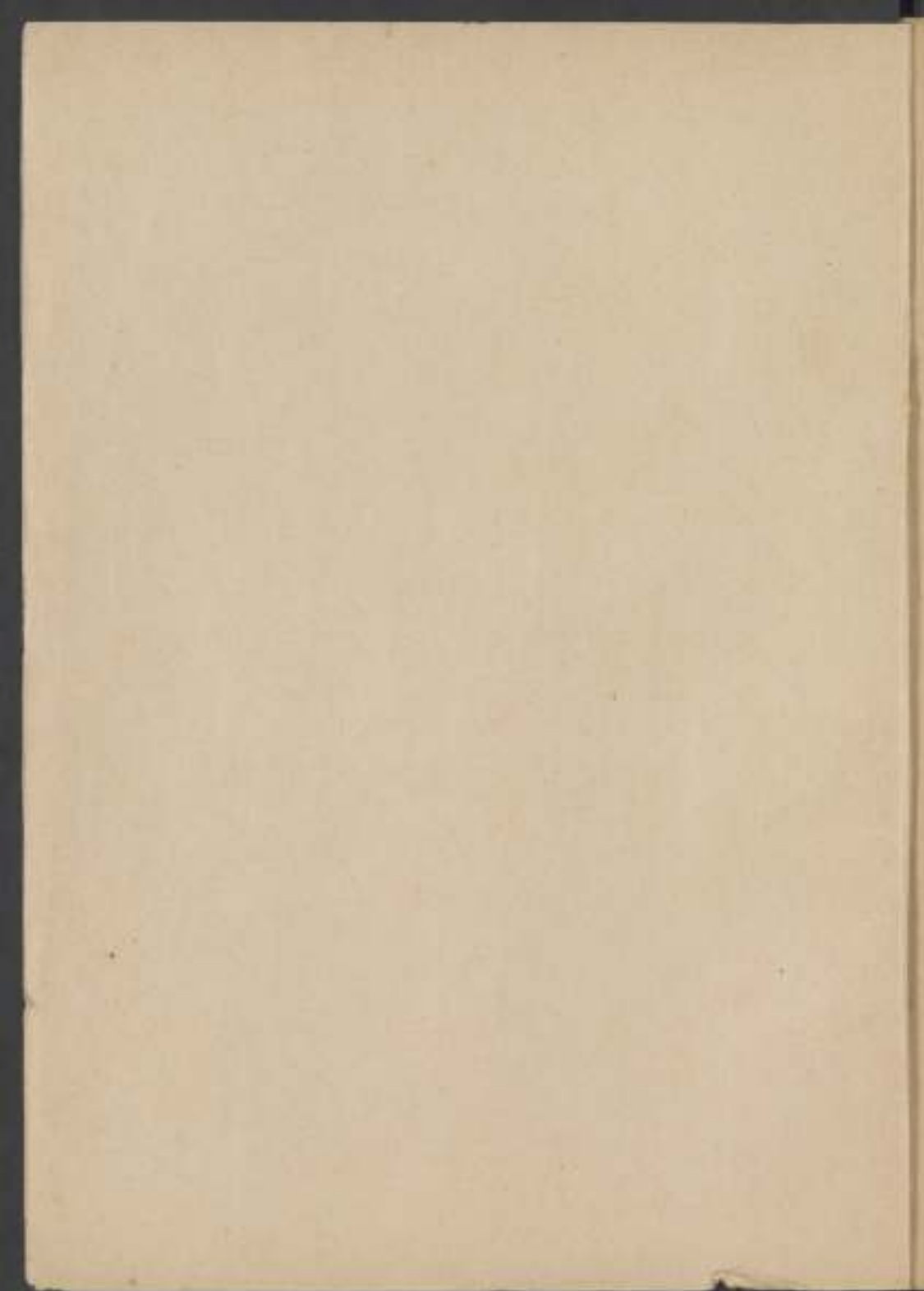


**EDICIONES  
BISTAGNE**

**LINA YEGROS  
ARTURITO GIRELLI  
RAMON DE SENTMENAT  
IDA DELMAS**



# **SOR ANGELICA**



SOR ANGÉLICA

---

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

---

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE-Paseo de la Paz, 10 bis-Tel. 18841-BARCELONA

## SOR ANGELICA

Magnifico film nacional, de conmovedor asunto.

Dirección y Argumento de  
FRANCISCO GARGALLO

Realizado en los estudios  
Orphea Film de Barcelona

PRIMERA PELÍCULA DE LA «SERIE ORO NACIONAL»

Editada por  
SELECCIONES CAPITOLIO  
(S. HUGUET, S. A.)  
Provenza, 292  
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

## Reparto

Carmelita (Sor Angélica). . . . .	<i>Lina Végros</i>
Fernando . . . . .	<i>Ramón de Sentmenat</i>
Gloria Fontana . . . . .	<i>Ida Delmas</i>
«Facultades». . . . .	<i>Luis Villasil</i>
Dña Irene . . . . .	<i>Enriqueta Torres</i>
Teodora . . . . .	<i>Fina Conesa</i>
Matilde . . . . .	<i>Teresa Manzano</i>
Don Andrés . . . . .	<i>Emilio Perelló</i>
Maria, «la Clara» . . . . .	<i>Enriqueta Villastul</i>
Alfredo . . . . .	<i>Alfredo Albalat</i>
y el niño Arturito Girelli	



# Sor Angélica

## ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

### I

Pura era el agua y el aire transparente. Un arco de gloria tejían los árboles...

Y sobre el espejo de las aguas del lago resbalaba la melodía de esta canción, titulada "Muñequito travieso".

FERNANDO

¡Qué dichoso será el día  
que en nuestra casa triunfe reír,  
llenándola de luz y de alegría,  
un muñeco, rusal de nuestro amor!  
Contemplando en cuna sonrosado,  
besar sus claros ojos como el cielo,  
acariciar su rostro hermosado  
con los rizados bucles de su pelo.

CARMELA

Dormirle enamorada con pasión  
al estrecharle sobre el corazón.

*Refrán*

CARMELA

Muñequito riante,  
de belleza sin par,  
con su risa inocente  
alegrando el hogar.

FERNANDO

Muñequito alocado,  
muñequito travieso.

AMBOS

Muñequito formado  
con las táctiles de un beso.

Era aquél un hermoso idilio. Un amor entre un estudiante y la mujercita que trabaja para vivir. Ella le dió en horas locas todo lo que tenía, lo que es un tesoro para la mujer buena; él ofrendó amoroso el tesoro de un cariño juvenil que hacia esperar en el mañana de una boda...





salió de su corazón un ansia—:  
¡Carmelita!...

—¡Fernando!

Se unieron las bocas y fué aquél  
un beso largo, apasionado, enervador...

\* \* \*

Estaba Carmelita acurrucada en los brazos de él y desde allí dejó escapar una pena muy secreta, muy secreta, que atemorizaba su alma.

—Soy tan dichosa que... a veces... —empezó.

—A veces, ¿qué?—le preguntó su amado, animándola a seguir.

—¡Que sé yo! — exclamó ella, con algo de inquietud por expresar su temor—. Me figuro que algo insospechado va a truncar esta felicidad...

—No temas, chiquilla — repuso él, sonriente y estrechándola más fuertemente contra su pecho—. Venceremos todos los obstáculos.

Carmelita sintió que una gran confianza renacía en su pecho. Pero aun había últimas dudas. Y preguntó con ingenuidad:

—¿Crees firmemente que nuestros padres no se opondrán a nuestra boda?... Tú eres un muchacho de carrera, mientras que yo...

Pero Fernando no la dejó seguir.

—¿Quieres callarte, nenita?... Mis padres, cuando te conozcan, consentirán en todo lo que yo les proponga, y además debes saber que mi madre no aportó a su boda otra dote que una bondad infinita y un corazón de oro... ¡Como el tuyo!

A Carmelita le sonaban aquellas palabras como si fueran música celestial. Y bien lo dijeron sus ojos, brillantes por el llanto de la alegría, que estaba a punto de iniciarse, cuando el joven alzó hasta él su carita linda.

—¡Mi vida!—exclamó Fernando, mirándola con arrobamiento—. ¡Qué hermosa estás hoy, chiquilla! ¡Vamos, alegría esa cara!

¿Cómo iba resistirlo? Sonrió y como premio, él depositó en sus labios la dulzura de un beso.

Pero se hacía tarde, la realidad

de las cosas comenzaba a pesar sobre el ensueño de amor. Era forzoso el regreso.

Y en el coche potente, que Fernando dirigía con mano segura, Carmelita, muy a su vera, soñaba las cosas hermosas de su cuento de amor. Mecíala la propia cadencia

de aquella canción que lanzara al lago... Y era feliz, muy feliz, al lado de su hombre adorado que la hacía entrever horas de dicha sin par...

Y entonces el Destino movió un peón en el tablero de aquellas vidas...

\* \* \*

Fernando había frenado en seco.

Ante sus ojos y los de su novia espantada, estaba un coche en dirección contraria, empotrado en un árbol. Y al lado del volante una mujer, inmóvil.

Pero el doloroso estupor que paralizaba, fué sólo un momento. El joven reaccionó en seguida y seguido de Carmelita se acercó al coche accidentado. La mujer inmóvil era una rubia bellísima.

Fué fácil ver que no estaba muerta y sí únicamente desvanecida. Y mientras Fernando la conducía a su coche, Carmelita corrió presurosa al arroyo que se distinguía desde la misma carretera, para mojar en él el pañuelo.

Retornó prontamente. El contacto del agua la hizo abrir los ojos casi en seguida. Su mirada se posó primero en la mujer que le estaba humedeciendo la frente; luego, pasó al hombre. Y sonrió.

Fernando también. ¡Qué mujer más hermosa!

Momentos después el coche volaba por la carretera.

Aunque la desconocida afirmaba que no tenía nada, el joven sentía un verdadero deseo de dejarla en su casa. Sin saber por qué, no le gustaba que su Carmelita estuviera junto a la bella mujer. ¡Quedaba tan insignificante, a pesar de su tranquila belleza! La desconocida la absorbía, como debería hacer palidecer siempre todo lo que

estuviera en torno suyo. Era, indudablemente, una mujer para brillar, dondequiera que estuviere.

Finalmente, el auto se detuvo en el lugar indicado por la accidentada. Era una villa suntuosa, cubierta de rosas. Justamente, "Villa de los Rosales" se llamaba... Fernando se dió cuenta de ello.

Casi al momento, llegaron presurosas dos camareras, con ansiedad manifiesta en su rostro.

Pero la desconocida no aceptó sus servicios. Sólo en Fernando hubo de apoyarse embriagándose con la tentación de su perfume, que no hubiera podido decirse si no era de ella misma.

En pos seguían Carmela y las doncellas.

En lo alto de la escalinata, frente a la puerta de entrada, la dama se detuvo, se alejó de su salvador y con graciosa inclinación dejó oír nuevamente aquel acento dulzón que era como una música del oído.

—No se molesten más...

Parecía dirigirse a Fernando solamente, aun cuando hablaba en plural. Para ella era indudable que Carmelita no existía.

—Gloria Fontana—continuó—: aquí, en "Villa de los Rosales", me tienen a su disposición.

Fernando no hubiera querido estar tan turbado. Le hubiera agradado dejar bonísima impresión en aquella linda mujer. Pero, sin que pudiera definir por qué, mostróse torpe.

Y apenas si logró balbucir:

—Em... Em... ¿Pasó el gusto?

Carmelita fué más hábil:

—Ha nacido usted hoy.

—Les repito las gracias—manifestó la dama—. Si ustedes me favorecen algún día con una visita, yo tendré mucho gusto...

El joven se había recobrado. Se inclinó reconocido y agradeció:

—Encantados. Fernando Ortega; Carmen Castillo, mi novia...

Y al joven se le clavó en el alma, la exclamación de la señorita Fontana, al conocer la clase de relación que le ligaba con su Carmelita.

—¡Ah!...—dijo la dama.

Y Fernando se dijo que su novia no le había sido simpática a aquella mujer.



## II

En la morada de Fernando la servidumbre la componían el criado *Facultades*, un andaluz más sembrado que un tiesto de claveles; Matilde, la doncella, y Teodora, la cocinera, que si tenía manos para hacer buenos platos, estaba todavía sin desbistar y soltaba respuestas que parecían coces de mula.

Con *Facultades* no congeniaba la baturra de Teodora. Estaban tan a matar, como bebía el tal criado los vientos por la doncella, de quien estaba loco perdido.

En el momento en que los sorprendemos, *Facultades*, aprovechándose de un momento que tenía, le estaba dando un tiento a la guitarra y carraspeaba de lo lindo, aclarando la garganta para soltar alguna copla en honor de la doncella, que si le escuchaba también, estaba dale que dale con la labor que tenía entre manos.

Pero cuando ya el hombre iba a salir por alguna cosilla, hete aquí que le hirió el oído una especie de cencerro humano que herrea con voz estridente y destemplada algo sobre el "Madrid romántico"...

El hombre paró en seco su rasgueo, miró furiosamente a la autora del crimen cupleticil, que era la cocinera baturra, y cómo sería de grande la barbaridad que le acudió a la boca para soltársela a Teodora, que hubo de tragársela nuevamente mediante un esfuerzo de enormísima voluntad.

Y Matilde, que no se había dado cuenta de nada, hubo de preguntar:

—¿Por qué no sigue usted, *Facultades*?

—Pero... —harbotó el hombre, estallando—. ¿Tú te crees, Matilde de mis carnes, que *pué* uno se-

gui tocando al escuchar ese grillo sebollero del "Madri romántico".

¡Y como enfureció la flor a la obsequiada!

—¡Oigasté!—saltó al punto Teodora, poniéndose en jarras—. ¿Qué es eso de grillo sebollero?

Pero *Facultades* no se achicaba porque la otra adoptara actitudes de rabanera.

—¡La verdá!—remachó—. ¡Cuidao con la niña, que tié un moño más chico que die séntimo de mojama!

—¡Oiga, oiga!—barbotó la maña, apurada por lo que le habían dicho, que hubiera creído un requiebro de no saber que el criado no solía echárselos más que a Matilde.

Pero *Facultades* estaba ya disparado.

—¡Así está er tiempesito!—tiró ahora, refiriéndose al fragoteo que estaba haciendo la maña—. ¡Metio en agua!

—¡*Facultades*!—protestó Matilde, que creyó que la cosa llevaba ya muchos vuelos.

Pero ya acudía Teodora a defenderse. Soltó el plato que lavaba, secóse las manos en el delantal y mirando hasta con la cabeza tor-

cida al de los "requiebros" amargos, lanzóle esta andanada:

—¡Otra! ¡Mía quién habla! ¿Mi meto yo cuando toca la guitarra que no le falta a usté más que un fox-terrié, unas gafas y un platillo pa?...

—¡Cállese ya!—atajó el andalu, que se sintió herido en lo vivo al ver despreciado su arte en el ranguco—. ¡So... Cachavera!

Y la cosa se empeoró. Porque la cocinera — que tenía pretensiones cupleteras para el mañana y había sido tan ingenua como para confesarlo así—creyó que la alusión iba por aquel terreno. Y...

—¡Muchísimo ojo con las palabricas!—gritó la maña—. A mí me compara usté con una copletista fina de diñón, pero cuidao con igualarme a na que güela verde...

—¡Eso te está jasiendo farta!—aseguró *Facultades* que se la imaginó ya comiendo alfalfa.

—A ná aicalítico he querido icir, ¡puño!—advirtió Teodora, que las pescaba al vuelo y no tenía nada de tonta—. ¡Que yo, si algún día dibuto, no enseñaré ni tantico así!

—¡Hará osté bien! Hay cosas que e mejó no enseñarlas y... ¡Cállese ya, só anarfabetá!

—¡Qué m'ha dicho, ridiós! Eso



lo será usted! ¿Has oído, Matilde?  
¡Me suelta unas indirectas!

La doncella creyó que era ya hora de intervenir, esta vez seriamente:

—¡Qué ganas tienes de gastar saliva!—dijo a *Facultades*—. El señor estará impaciente, esperando el té. No sé cómo no ha llamado.

—Pero, ¡Matilde de mis entrete!—protestó el criado, acercándose a la joven—. ¿Crees tú posible que una fregona llegue a ser cupletista?

—No sería la primera—aseguró la cocinera.

*Facultades* abrió tamaños ojos. Y respondió:

—Ahora ha estao usted sembrá, Teodora.

—Le oigo a usted...—respondió la otra, que no perdonaba tan fácilmente—como quien oye granisar.

—¡Osté.. culinaria, y na más que culinaria! — bramó el criado, bufando de nuevo—. Sepa de una vez que pa ser artista hay que tené voz, figura, gracia pajolera pa que los pollos de las primeras filas de bu-

tacas se derritan de gusto... ¿Estamos?

—Eso corre de mi cuenta... — aseguró la fregona.

—¡Qué va a correr! ¡Confórme-se osté en poner los pollos con salsa!

Afortunadamente, cuando la cosa volvía a encrespase, sonó el timbre del señor, que ya temiera con razón la doncella. *Facultades* tomó el servicio del té, de largo rato preparado y se dispuso a acudir, pero no sin decirle antes a Matilde:

—Tú sí que estás ca día más rebonita. Qué bien dise la copla:

Dende que la vi pasá  
mi queré me está matando,  
y ella sin queré mirá  
lo que estoy adergasando.

—¡Qué poca formalidad!—dijo sonriente Matilde, halagada por la flor.

Y *Facultades*, la mar de orondo, porque no se le había escapado la satisfacción reflejada en el rostro de la joven, dijo, tomando la puerta:

—Niña, es que yo... ¡soy de allá!

\* \* \*

No andaba desencaminada Matilde al suponer que don Andrés, el señor de la casa, estaría ya impaciente. Pero si lo estaba no era precisamente por el té, que esto no pareció preocuparle. Otra cosa más grave le tenía inquieto y deseoso de averiguar.

Y no anduvo con muchos rodeos.

—Vamos a ver, ¿qué has averiguado? Pero sin perder el tiempo, al grano... ¿Entiendes?

*Facultades* asintió.

—Zi zeñó, Ze lo diré al zeñó telegráficamente. Novia señorito Fernando huérfana. Zola en er mundo. Trabajadora, honrá, inmejorable conducta.

—Bien, bien—comentó el caballero, ya algo tranquilizada su impaciencia.

—Pernocta hogar con María, la Clara, mujer der pueblo que recogióla de chiquitiya.

—¿Qué más? — preguntó don Andrés, viendo que el otro callaba ya.

—Pos... na má, zeñó—manifestó

con evidente desilusión el criado, que suponía que le hubieran felicitado mucho por su labor detectivesca.

Pero era que el buen señor no estaba en aquello, indudablemente.

—¡Estamos bien!—dijo al cabo de un rato—. Sírveme agua—añadió después.

El criado lo hizo.

—Oye... —añadió el padre del novio de Carmelita, al cabo de un momento—. Nada tengo que recomendarte, *Facultades*. Es preciso que yo conozca hasta el último paso que dá el señorito Fernando, ¿estamos?

—Zi, zeñó — respondió el otro, muy envanecido por la confianza.

—Pero... sin que mi hijo sospeche...

—Descruze usté, zeñó—manifestó con seguridad *Facultades*—. ¡Yo, soy de allá!

Pero la momentánea debilidad de don Andrés había pasado. Ya era de nuevo el caballero adusto de siempre.

—No creo que los de allá sean tan pesados como tú—declaró ahora—. ¡Anda, llévate el servicio!

Y *Facultades* se lo llevó, maldi-

ciendo de aquellos cambios bruscos de su amo que se empeñaba en tener la corteza amarga, cuando guardaba un corazón de oro.

\* \* \*

Sí, allí estaba Fernando como cada día.

Le vió Carmela así que dejó el taller de modistería donde trabajaba. Al que no vió fué a *Facultades*. No le conocía la joven, pero lo mismo hubiera sido. Había tanta felicidad en su alma, después de la jornada del día anterior, que le parecía que vivía rodeada de un nimbo de luz.

Lenta, muy lentamente, los enamorados, cogiditos del brazo, iban deambulando. Mirábanse el uno al otro, como tantas otras parejas seguramente. Y como a todas ellas, les parecía que no había nadie que supiera quererse con tanta firmeza.

En pos andaba el criado, que si no les dejaba de vista, tampoco perdía ocasión para requebrar a quienquiera que se topase... y llevarse alguna burla sangrienta también. Menos mal que el hombre era de

buena pasta y tragaba aquellos pu-yazos con consoladora buena voluntad.

Fernando y Carmela habían ido a parar a un jardín público. Un banco entre arbustos ofrecía delicioso acogimiento. Y allí se refugiaron.

Pero la Carmela de hoy parecía preocupada por otras cosas. Y por fin Fernando dióse cuenta de ello.

—¿En qué piensas, nena?

—En el milagro de ayer—respondió la joven, mirando con sus ojos luminosos la cara adorada de su novio.

—¿Cómo?—preguntó él, que no cayó al pronto en lo que quería decir.

—¿Acaso no lo fué el que aquella señorita no se matase?

—¡Ah, sí!

—¡Era muy bonita! —comentó Carmelita—. ¡Qué cabellos tan lin-



dos!... ¡La muchacha más guapa que yo he visto!

Fernando estaba con ella. La verdad era que en más de una ocasión la había recordado...

Pero, como la mayor parte de los hombres, quería presumir ante su novia de hombre mundano y así el comentario fué displicente:

—¡Psé! ¡No está mal!...

Entonces Carmela redondeó su pensamiento:

—Debías enterarte de si lo de ayer ha tenido consecuencias... A veces, estos golpes...

El joven la miró extasiado. ¿Era posible aquello? Tuvo la intuición de algún peligro que acechaba... Y, sin embargo, Carmelita, llena de buenos deseos, le empujaba.

—¡Qué buena eres, chiquilla!— dijo, sinceramente.

\* \* \*

Fernando estaba ante la seductora joven que auxiliara el día anterior. ¡Muy seductora!

Estaba reclinada en un diván, y el libro caído al pie denunciaba su entretenimiento un momento antes de que él fuera introducido por la doncella, en aquel salón lleno de coquetería. ¡Digno estuche de una mujer tan bella!

Así se la imaginara él. Se dió cuenta de ello, ahora. Se dió cuenta de que había pensado más de lo que creyera y debiera — dado su compromiso con Carmela — en aquella mujer tan hermosa que conociera en situación tan novelesca.

Indudablemente estaba un poco aturdido. Y fué una suerte que ella hablase.

—Pase usted, amigo Fernando— murmuró con su voz melodiosa, al tiempo que le tendía la mano.

Quizá no se daba cuenta ella de lo trastornada que resultaba su voz en tono bajo. Pero el joven se sintió embriagado por la caricia que le entrara en los oídos y el placer que sintió besando aquella mano tan linda.

—¿No será indiscreción llamarle amigo?— dijo ella ahora.

—¡Señorita!—protestó él muy sincero.

Y apenas se hubo sentado, accediendo a la indicación de la joven, añadió:

—¿Repuesta del susto? ¿Se encuentra bien?

—Si no fué nada...—sonrió Gloria—. Pero, muchas gracias...

—Pregunté a la doncella... Iba a marchar; pero me dijo que usted deseaba saludarme...

—Cierto—admitió la joven, al tiempo que tocaba el timbre.

—Y me apresuré...

La entrada de la doncella le interrumpió.

Gloria pidió que trajera bebidas para su visitante.

—Muy simpática aquella chiquilla—dijo luego la joven—. Amiguita suya... ¿No?

Fernando protestó:

—Ya le dije a usted que Carmelita era mi novia.

—¡Ah! ¡Su novia!—repuso Gloria, lentamente y con manifiesta burla—. ¿De veras?

El joven pensó que Carmelita no merecía aquella burla. Si estaba allí era precisamente por indicación de su prometida. Y en aquel instante, hasta sintió un poco de odio hacia la que de modo tan decidido se inmiscuía en su vida...

—Mi novia...—respondió resueltamente—, señorita...

Hubo de interrumpirse: ¿no se acordaba del nombre de la desconocida!

Ella lo advirtió, un poco molesta.

—Gloria...—recordó—. Pronto ha olvidado usted mi nombre...

Todo el disgusto de un momento antes se había desvanecido en Fernando. Estaba ahora algo corrido por su falta de memoria.

—Le aseguro...—empezó.

Pero la joven se sonrió. Estaba seductora como nunca. Y con aquel murmullo de voz que trastornaba, musitó:

—Yo no he olvidado el suyo tan fácilmente... ¡Fernando!...

Parecía que las sílabas del apelativo eran acariciadas al pasar por entre sus dientes bellos. El joven pensó lo hermoso que sería oírse muchas veces llamar uno así. Imaginó lo maravilloso de un amor con semejante mujer...

Y entonces entró la doncella con el licor: *whisky*.

La forzosa pausa que reinó mientras lo servía, fué un a modo de descanso entre los dos antagonistas. Porque Gloria se había encaprichado por el muchacho y des-



arrollaba todas sus artes de seducción, mientras que el joven trataba por todos los medios de defenderse de la asechanza pensando en la mujercita a la que vería y que ya debía aguardarle en el sitio de siempre.

La dueña de la casa dió una copa a Fernando y tomó la otra para sí. Luego, levantó ligeramente su copa y al tiempo que la acercaba a sus labios, brindó, sin apartar sus ojos de los de él:

—¡Por su próximo enlace con Carmela! Porque habla con un calor de su novia...

Y bebió un poco de licor. El la imitó, admitiendo el brindis, desafiador. Y luego justificó:

—Nos queremos hace tiempo. ¡Ni un solo día dejamos de vernos!

—¿Sí?... Entonces, eso... va de veras...

¿Es que ella no lo creía?, pensó Fernando. Y al momento hubo de observar cuán bella estaba. Justamente en aquel instante, con refinada coquetería, la joven se miraba en el espejo y se arregló el escote.

Fernando recordó de súbito a Carmela. Y miró el reloj.

Gloria le vió a través de su espejo de mano.

—¿Tiene usted prisa?—preguntó retadora.

El joven hubiera debido afirmar y marcharse; pero no quiso que ella imaginara que la temía. Quiso ser fuerte... además de que estaba tan bien junto a la bella mujer...

—No, no, señorita—se apresuró a responder.

—Es usted muy joven, Fernando—dijo de pronto ella, compasivamente.

El se sintió hombre y ofendido. ¡Ah, por eso era todo aquello! Porque le creía un niño.

—No tanto como parece—repuso en tono que denunciaba su estado de ánimo—. Veinticuatro años cumplidos, señorita Gloria.—Y le hizo saber, recalcándolo—: Carmela y yo congeniamos. Nos queremos mucho... ¡Es tan buena!

Gloria acentuó su ironía. Le divertía la conquista del joven. Era un capricho suyo y advertía que iba creciendo el deseo de Fernando hacia ella.

—¡Nos quaremos mucho!—repitió—. ¿Está usted seguro?

—¡Segurísimo, señorita! Pero la joven sonrió.

Cambió de posición, se acercó tentadoramente a Fernando y manifestó, en dulce conmiseración:

—Hablo de cosas que... ¡realmente no me importan! Pero... Me ha sido usted simpático y es una verdadera pena... La muchacha es de humilde condición, ¿no?

—Cierto.

—¡Ya ve usted qué locura! Ustedes, un muchacho distinguido... guapo... que puede aspirar a unirse con una muchacha de su clase... ¡enamorado de una insignificante obrerilla!

Y aquí Gloria rió burlonamente. Y la risa hizo que Fernando creyera verse en ridículo. ¡Y no quiso estarlo a los ojos de la bella mujer! ¡Tan bella que le enloquecía!

La tentación se puso en pie. Fuese al piano y sus dedos ágiles se deslizaron por las teclas. Su voz bella moduló esta canción, titulada "Mírame":

Tú no puedes comprender  
cómo quiere una mujer  
cuando la posee el azar  
frente al hombre que soñó.  
Es tan grande mi ilusión  
y tan honda mi pasión  
que al mirarte he de decir  
que el destino nos juntó.

Si en mis ojos sabes tú leer  
ellos mismos te podrán decir  
que es muy dulce tu querer  
y sin él han de morir.

—o—

Mírame  
vivamos dulce sueño  
Mírame  
tú eres mi solo dueño.  
Mírame  
que me enloquece tu mirar  
Mírame  
que tus ojos me hacen soñar

—o—

Mírame  
que me enloquece tu mirar  
Mírame  
que tus ojos me hacen soñar.

Era un vals que seducía. Fernando no podía ya apartar los ojos de Gloria, mientras su imaginación la hacía pensar en locas escenas de amor...

Ella se daba cuenta sin mirarlo. Ponía toda su alma en la canción, porque sabía que con ella hacía suyo al hombre que le gustaba. Y cuando al terminar, sus ojos se posaron en triunfal mirada sobre el alucinado, supo decir con ellos tanto que sobraron las palabras.

Las bocas se unieron en un beso, largo, embriagador, lleno de mil pasiones encendidas...

\* \* \*

Una mujer, entretanto, estaba triste.

Lenta y dolorosamente se iba sola hacia su casa, lo que nunca le ocurriera desde que conociera al hombre querido.

Era Carmela que se había cansado de esperar.

Y es que ella no sabía que el Destino acababa de jugar un segundo peón en el tablero donde estaba representada su vida.

## III

¡Cómo habían cambiado las cosas!

La mujer que un día se consideraba la más feliz de todas las existentes, lloraba ahora su pena en el modesto hogar que compartía con la buena María, la que tuviera la caridad de recogerla cuando era una niña.

¿Dónde estaban ya sus días felices? Fernando ni se acordaba de ella, ni de nada. Y la infeliz lloraba el amor perdido y lo que ha-

bía de ser una vergüenza ante los ojos del mundo.

La buena mujer que le hiciera de madre — María, *La Clara*, la llamaban — estaba planchando y echaba chispas ante el dolor de la criatura que quería con toda su alma. ¡Ah, si de ella se hubiera tratado! Pero aquella dulce criatura no quería que ella tomara parte en el asunto, y así andaban las cosas.

Pero llegó un momento en que la pena fué tan honda, ¡tan hon-



da!, que soltando la plancha sobre lo que estaba haciendo, se encaró con la dolorida Carmela y la increpó con voz que era agria por no manifestarse tan llorosa como la otra:

—¿Tú eres tonta!—declaró sentándose al lado de la pobre enamorada—. En la vida no se puede ser tan buena.

Carmela levantó su cabeza llorosa.

—¿Y qué quiere usted que haga yo, María?

María *La Clara* se dispuso a dar su consejo:

—¿Qué? Pues no resignarte a pasar el día llorando. Puesto que Fernando se está portando como un canalla, debes hablar con esa pécora... Ir a casa de él, hablar con sus padres y contarles toda la ver-

dad, revolver cielo y tierra, armar el escándalo padre, ¡y ya verás cómo todo se arregla! No te digo más, que en cuanto vayas a casa de esa golfa y ella huela a quemao...

Lo malo era que donde se oía era allí cerca y esto cortó de golpe y porrazo la oratoria de la buena mujer, que levantándose de un salto corrió hacia donde había estado planchando...

—¡Santo cielo!—gemía un momento después—. ¡El visillo de lujo chamuscado! Mañana nos quitaremos el sol con una arpillera...

Y pensando en quien era el culpable indirecto de aquella chamusquina, empezó a planchar otra prenda, soltando golpes que hacían temblar hasta los floreros y repitiendo a cada golpe:

—¡El primer hombre que nació!

\* \* \*

Gloria estaba muy contenta. Lucía un vestido nuevo muy lindo, regalo de Fernando, que cada día estaba más loquito por ella. ¿Le gustaría? Bien sabía ella que sí.

Oyó cómo se abría la puerta tras

de sí y cómo que ya tenía anunciada la presencia de quien se trataba, preguntó sin volver la cabeza:

—¿Qué desea?

Y Carmela, porque era ella, dijo con rabia y odio reconcentrados

que despertaban en ella el triunfo de la rival sobre las ruinas de su querer:

—Hablar con usted.

El tono era muy altivo para que se tratara de la oficiala de su modista, que le habían anunciado. Además le traía remembranzas.

Y Gloria se volvió, encontrándose ante la mujer a la que hiciera tanto daño. Simuló no conocerla al principio, luego fingió acordarse y llevó su hipocresía hasta manifestar una alegría que estaba muy lejos de su alma.

No admitió las excusas de la infeliz que fingiérase lo que no era para ser recibida, la hizo sentar y escuchó las primeras lamentaciones de una historia que bien sabía.

Los amores de Carmela con Fernando, el accidente y el primer reproche de haberse aprovechado ella de tal circunstancia para destrozar un idilio que no había tenido hasta entonces la menor nubecilla.

—¿Qué quiere usted decir, joven?—dijo aquí Gloria con altivez.

—Lo que usted sabe mejor que yo—fue la respuesta de Carmela, llorosa, porque ya se veía vencida por aquella mujer—. Fernando me ha abandonado. ¡Ya ve que no puedo luchar contra usted!

A Gloria, como a toda egoísta, le molestaban los reproches.

—En resumen — preguntó — ¿qué quiere usted de mí?

La desdichada pidió, pidió casi convencida de que lo hacía en vano. Pero lo hizo con unción, con una secreta esperanza de encontrar el corazón de aquella mujer sensible al dolor ajeno.

—Que me devuelva lo que para usted es un juguete—dijo—y para mí, en cambio, que estoy sola en el mundo, constituye toda mi vida.

Y ya no pudo más. Se echó a llorar.

Pero Gloria frunció el ceño. Se le hacía tarde y no le gustaban las escenas.

—Eso no es cuenta mía. Hable usted con Fernando.

Y después de un momento de silencio, viendo que la otra seguía llorando, añadió:

—Procure calmar sus nervios y oiga un consejo: creo sinceramente que debe usted olvidar a Fernando.

Carmela levantó la cabeza, mostrando su rostro cubierto de lágrimas.

—Eso no puede ser, señorita.

—¿Por qué no?

—Porque es demasiado tarde—



exclamó la desdenada—. Si Fernando es un caballero tiene que casarse conmigo.

Pero esta confesión de su debilidad por amor, no había de obtener mejores frutos que las otras manifestaciones. En lugar de eso, mereció ser considerada desde el punto de vista frío y calculador de la mujer que lo había oído.

—¡Ahora comprendo!—dijo sarcástica—. La eterna historia de la humilde obrerita, seducida por un muchacho de buena familia... Y el mismo final de siempre: obligarlo al matrimonio o bien a una bonita indemnización...

Aquellas palabras dieron en el rostro de la engañada, como otros tantos latigazos. Primero sus ojos se agrandaron, como creyendo imposible que hubiese alguien capaz de suponerle tal infamia, luego sublevaron su dignidad hasta hacerla poner en pie de un salto.

—¡No siga, no siga!—gritó llena de odio hacia la infame.

Pero Gloria seguía imaginando que aquello era pura comedia. Se levantó a su vez lentamente y preguntó con todo cinismo:

—¿Cree usted que voy a tomar en serio la absurda pretensión de

casarse con un muchacho de clase tan superior a la suya?

—¡Oh, qué infamia! —logró murmurar Carmela, para luego añadir, al borde de un ataque de nervios—: ¿Cómo se atreve a pensar eso de mí? ¡Dios mío!...

La pobre ya no podía más. Y cayó llorando con desespero en la misma silla que un momento antes había abandonado.

Gloria se volvió a impacientar. ¡Hacia tarde! Pero era lo suficiente mundana para comprender que aquella cuestión era menester llevarla con mucho tacto.

Y cambió de tono. Volvióse amable.

—¡Cálmese! —pidió. — Yo... créame... No tenía intención de ofenderla en lo más mínimo... Pero... reflexione, y usted misma se dará cuenta de que Fernando está muy alto para usted. Si le quiere, debe dejarle que viva su vida... Piense que su amor no ha sido más que una triste equivocación de los dos...

Sus ojos brillaron triunfalmente al advertir que Carmela la había escuchado hasta el punto de que, levantándose, se dirigía lentamente hacia la puerta.

Se la abrió por sí misma y rema-

chó el último dardo envenenado que clavara en el alma de la infeliz, añadiendo:

—¡Desgraciada la mujer que pone sus ojos en lo imposible!...

Carmela estaba atontada. Un cúmulo de ideas, de palabras y pensamientos, barajábase en su mente. Miró a aquella mujer que tanto daño le había hecho, que aun se lo hacía, y dejó que le cerrara la puerta tras de sus espaldas.

Gloria, al quedar sola, dió un suspiro de alivio, y cerró los ojos como reponiéndose de la pequeña fatiga de su lucha de mujer a mujer. Estaba satisfecha.

Y justamente entonces sonó el teléfono. La joven corrió hacia él, sabiendo ya quién llamaba.

Y apenas tuvo el auricular junto al oído, dijo placentera:

—¿Fernando? ¡Nene! ¿Eres tú? Perdona, me he retrasado un poquito. En seguida estoy. ¡Ah, no te impacientes!... ¿Cómo? No ha sido culpa mía esta vez... Ha sido... Fué la modista que se retrasó. Llevo el vestido puesto. Ya me dirás si te gusta. Adiós, hasta ahora... Adiós...

Y rió un chiste de él, llamándole, como recompensa, ganso...

Mientras, otra mujer, la desdichada, iba andando por la calle, sin fuerzas. Tan pocas tenía que hubo de apoyarse en una pared un momento y pasarse la mano por la frente, que parecía arderle.

Y para mayor sarcasmo, un transeúnte que pasaba sintióse galanteador y le dirigió un piropeo...

\* \* \*

No había podido más la infeliz.

La congoja que tuviera en la calle, aumentada por la pena de tener que contar sus tristes cuitas a la madre de Fernando, doña Irene, habían terminado con las ya escasas fuerzas de la pobre Carmela.

Cuando retornó a la vida, se encontró rodeada por la buena señora, la criada Matilde y *Facultades*.

La desdichada se lamentó del trastorno. Pidió perdón.

Pero doña Irene no la dejó seguir. Lo único que quiso saber era

si ya se encontraba bien. Y Carmela asintió y dió las gracias. Gracias por haberla atendido y por la promesa de que en la dama tendría un excelente abogado de su causa.

Y cuando salió de aquella casa, un asomo de esperanza se esforzaba por alumbrar las tinieblas que llenaban el alma de la pobre mujercita.

Aquella noche, Fernando, cuando terminó de vestirse, recibió el encargo de que su padre quería hablarle. Y no ocultó ante *Facultades*, que le dió el recado, lo que le malhumoraba semejante entrevista.

Porque sabía él de sobras que no sería la entrevista para derrochar mimos.

Hizo lo que pudo para dar a entender al autor de sus días que ansiaba que la entrevista fuera corta. Se acercó al salón donde estaban sus padres, llevando el abrigo en el brazo y el sombrero en la otra mano.

—Papá—dijo al hallarse frente a él, que estaba leyendo un periódico—. ¿Quieres hablarme?

—Sí.

Fernando miró el reloj de bolsillo.

—¿Tienes prisa?—preguntó don

Andrés, que no había soltado el diario y que dejó en aquel momento sobre la mesa. Y viendo que su hijo asentía sin reparo alguno, frunció el ceño y declaró con firmeza—: Pues tendrás que escucharme.

Hizo una pausa y continuó:

—Sé muy bien que los consejos de los padres sueñan a sermón...

—¡Papá!—inició Fernando, pero don Andrés le interrumpió con un gesto.

—Tú sabes que no es mi costumbre meterme en tus aventurillas amorosas; pero hoy se trata de algo más grave.

El joven se sintió súbitamente interesado ante el exordio.

—Tu madre y yo—prosiguió el caballero—hemos visto en tu habitación más de un retrato de la modistilla por la que andabas hace poco tiempo tonto perdido...

—¿Yo?—exclamó el joven, aparentando incredulidad.

—No me interrumpas... ¡Tonto perdido! No encuentro otra frase. En todas las aventuras amorosas hay un momento difícil; el de terminirlas a tiempo, dificultad que tú no has sabido o no has querido vencer. Diste a esa muchacha —prosiguió don Andrés, luego de ver



que su esposa seguía con firmes movimientos de asentimiento sus manifestaciones — palabra formal de casamiento.

—Papá, te aseguro...—protestó. Fernando.

—Bien te consta que digo la verdad—afirmó rotundo el padre.

Y volviéndose hacia su esposa, preguntó:

—¿No es así? Habla tú algo, mujer...

—Tiene razón tu padre—declaró doña Irene.

Respalldado por estas palabras, el buen señor continuó:

—Hiciste concebir esperanzas a una muchacha decente y de la noche a la mañana la dejas en un rincón, para comenzar la escandalosa aventura con esa rubia extravagante, que conduce su coche poniendo en peligro la vida de todo bicho viviente.

Hizo una pausa para contener con severa mirada la sonrisa incipiente de su hijo ante el cuadro descriptivo de Gloria.

—Mientras tonteabas con la modistilla — prosiguió don Andrés, luego que lo vio serio —, nada te dije, porque tu vida fué ejemplar. Estudiabas con cariño, diste fin a tu carrera... Pero ahora, cuando ya

tienes instalado tu laboratorio, éste permanece casi siempre cerrado, y tú has sufrido un cambio tan alarmante que me obliga a llamarte la atención. ¿Me entiendes?—terminó dando un golpe sobre la mesa, al advertir que su hijo cometía la incorrección de hojear una revista mientras hablaba.

—Sí, papá—respondió el joven, cerrando lo que había abierto.

—Pues bien—añadió el autor de sus días después de una pausa y tras lanzar una ojeada a su esposa—. Esto ha de terminarse.

—Atiende a tu padre, Fernando—pidió la madre, que comprendía que llegaba el momento más importante de la conversación.

—Carmela—dijo don Andrés—ha venido a ver a tu madre.

Fernando se puso muy serio y preguntó con disgusto:

—Amenazando con un escándalo, ¿no?

Esta vez fué doña Irene la que respondió:

—No, hijo mío. Carmela es una infeliz muchacha que ha venido a suplicar amparo y un nombre para su hijo.

El joven bajó la cabeza. Le venía la vergüenza de su canallada. Sobre todo que lo supliera su ma-

dre, que también había sido una joven humilde como la por él engañada. Le habría gustado que ella no se enterase jamás de tan vil proceder.

—Algo grave, ¿verdad?—manifestó don Andrés, luego de un silencio que le pareció oportuno para que su hijo comprendiera toda la magnitud de lo ocurrido—. Pues bien, como mi deber es prevenirte contra futuros remordimientos, yo creo (mejor dicho, creemos) que deberías casarte con esa muchacha. No obstante, tienes la edad suficiente para decidir lo que más te convenga, si bien debes elegir entre es-

tos dos caminos: o casarte con Carmela o marcharte inmediatamente a mis posesiones de Almudévar.

Aquella conminación acabó de decidir al joven. Pensó en la atracción de Gloria y en el deber que se le quería imponer. Y fué en un tono, en el que se advertía la rebeldía, que contestó:

—Muy bien, lo pensaré... Pero, mientras tanto, mamá, puedes ya disponer que preparen mis maletas...

Y de una brazada se hizo con el abrigo y el sombrero, marchándose en seguida, en tanto que sus padres se miraban con dolor.

## IV

¡Ya era madre!

Mientras Fernando, en reprochable olvido, se divertía con Gloria en las posesiones de su padre, la mujer que creyera en sus palabras había dado al mundo un ser que no tenía a quién llamar padre.

Y Carmela quería tanto a aquel pedazo de su vida, que habíase dispuesto para un nuevo sacrificio. Algo que dejaría llano el camino de la existencia de su hijo.

Apenas repuesta del doloroso trance pasado y mientras su hijo



se debatía en manos de María La Clara, la joven madre estaba haciendo rápidamente su maleta. Todo estaba trazado y convenido, nada tenían que decirse las dos mujeres.

Pero el llanto callado y continuado de Carmela no por silencioso dejaba de llegarle al alma a su protectora. Y así, dejando a la criatura, hubo de acercarse a la dolorosa y decirle casi con tanto llanto como ella:

—¡Ea! ¡No llores más! ¡Dios sobre todo! ¡Dichosos hombres!...

Pero el trance era duro. Digno de un alma tan heroica como la que se encerraba en la frágil figurilla de Carmela. No era extraño que, a veces, flaqueara la voluntad de la valiente madre y que corriera junto al hijo de sus entrañas.

Ahora era ya la despedida. Ella hubiera querido darle su vida entera, antes de la separación definitiva... Y le dió lo que más estimaba: aquella medalla que en un día inolvidable, él—su Fernando—colgara de su cuello.

Y al ponérsela, hubo de alzar aquel montoncillo de carne hasta su rostro y murmurar entre sollozos:

—¡Pobre hijo de mi vida!

María La Clara decidió obrar. Era muy malo el trago, y, por lo tanto, cuanto antes mejor. Tomó la carta que Carmela había escrito y se dispuso a marchar.

Pero allí le corrió la joven desolada.

—¡Adiós, hijo de mi alma! ¡Alma mía! ¡Adiós, adiós!

Cada palabra era un beso, los últimos de una madre que apenas había empezado a serlo.

Rabiosa como nunca, María se marchó. ¡Ah, si aquella tonta no fuera tan buena! Pero lo era y no había remedio...

Y allí quedó la desdichada. Quedó con los brazos en alto, aquellos brazos que acariciaran por vez postrera lo más grande a que puede aspirar una mujer... Que la pobre luchaba entre las ansias de su ser entero por no dejar al hijo adorado y la fuerza del propósito trazado para que su vida fuera mil veces mejor que la que ella podía darle.

Cayó de rodillas al lado de la cama, frente a la maleta que la llevaba a un mundo donde las penas propias mueren. Lloró con la cabeza hundida en el lecho. Y cuando las lágrimas calmaron un tanto su dolor intensísimo, alzó los ojos

a la estampa humilde de una Virgen que desde lo alto de la cama parecía contemplarla...

Y fué a Ella que le pidió con to-

da su alma, segura de que la atendería:

—¡Madre mía! Ten piedad de mi hijo que es inocente...

\* \* \*

En el cesto de ropa que dejara Matilde, la doncella, a la puerta de la casa, allí fué depositada la criatura por María La Clara, mientras la doncella estaba de palique con *Facultades*.

Porque es que el criado andaba ahora con el propósito muy serio.

Estaba el hombre quitando el polvo a los metales de la puerta y canturreaba aquello de:

¡Ay, mamá, ay, mamá,  
ay que Periquito  
se quiere casar!

Cuando pasó por allí cerca Matilde, que acababa de recoger la ropa tendida y la llevaba en un cesto, y hubo de detenerse a escucharle.

¿Para qué hacía falta más? *Facultades* afinó la voz y declaró:

—La copla e bulerías está mal escrita... Es desi, entraña, yo la

canto con una letra e mi invención...

Y jaleándose y todo, la soltó así:

¡Ay, mamá, ay, mamá,  
ay que *Facultades*  
se quiere casá!

La respuesta de la doncella pizpireta fué una careajada y una burla a sus ilusiones.

Pero aquel día el criado estaba en la hora tonta, en la hora que luego muchos lamentan y bendicen el divorcio. Y así que, picado por la guasita de Matilde, dejó la limpieza y dijo la mar de serio:

—Ya sé que te yevo algunos año, però me parece que no soy er momio de Tutenkamen, ¿eh? Aun tengo fachada y ¡por argo me yaman *Facultades*! ¡Soy de allá, niña!

—Cualquiera sabe cuándo habla usted con formalidad — manifestó

Matilde encogiéndose de hombros y echando a andar.

*Facultades* se ruborizó. Le pareció que ella no estaba tan esquivada como otras veces y se lió la manta a la cabeza.

Y fué, le quitó el cesto a Matilde, lo dejó en el suelo, la arrastró hasta el coche del señorito, la sentó en el estribo, hizo lo propio a su lado y dijo entonces:

—¡Ven acá, tormento e mi vida! Va en serio, ¡toma nota!

—Vamos a ver —dijo Matilde, siguiendo lo que creía broma.

Muy arrimadito, empezó el hombre:

—En er Monte e Piedá tengo una cartilla con tós mis ahorros y aquí, en el lao de la crisi cardíaca un queré má grande que la Girarda. Toito e pa ti si tú quiere...

Matilde ya había dejado la broma.

—¿Tienes ahorros? — preguntó interesada.

—Más de lo que tú te figuras...

La criada, todo almidar, dijo entonces:

—¡Qué tontos sois los hombres! Pero... ¿no has notado que a mí siempre me han hecho mucha gracia tus ocurrencias, pedazo de tonto?

—¡Y olé!—gritó el criado, más contento que unas castañuelas—. Si seguimos lo que dise e protocolo, asunto hecho.

—Pronto ¿qué? —preguntó ella, intrigada.

—Colo, niña. ¡Tú qué sabes de diplomacia! Vamo a seyarlo como en la películas...

Pero el intento no salió bien. Que al ver la especie de hocico que formaban los labios del tal *Facultades* en afán de besaqueo, Matilde se echó para atrás, le apartó con las manos y advirtió:

—No, hijo.. En el cine esas cosas son siempre al final.

—¡Je, je!—rió el otro, pareciendo un conejo—. ¡Guasona!

Pero ya estaba la hebra pegada y quién sabe lo que hubiera durado, ante el acaramelamiento de los flamantes novios, de no recordar repentinamente la criada que la ropa estaba abandonada en la misma puerta de la casa y que ello podía equivaler a una riña por parte de la señora, si al volver la veía allí.

Pero cuando la chica iba a tomar el cesto, algo se agitó bajo la ropa, con lo que dando un salto para atrás, chilló al punto:

—¡*Facultades*!

—¿Qué pasa? — preguntó el



criado, llegado alarmado.

—Mira... ¡Ahí se mueve algo!  
—declaró Matilde, señalando el  
cesto con terror.

*Facultades* avanzó la mano con  
prudencia..

—¡A vé!—dijo, tomando lo que  
iba encontrando—. Una carta... Y  
un biberón y un envoltorio... ¡Cui-  
daito, Matilde de mis güesos! A  
ve si e un arteacto. ¡No te arrimes!  
“Señora doña Irene de Ortega—  
continuó leyendo el sobre—. E pa-  
ra la señora; argün encargo... Pe-  
ro, ¿cómo lo habrán dejuo asín?

Se acercó al cesto con súbita sos-  
pecha y expresó de pronto:

—Estoy má escamao que..

Levantó la ropa que cubría la  
cabeza y los bracitos del nene y al  
ver de que se trataba, no pudo evi-

tar el volverlo a tapar en seguida,  
quedándose como petrificado.

Matilde se dió cuenta de lo que  
le pasaba a su novio.

—¿Por qué te has quedado tan  
serio, *Facultades*?

El hombre comprendió que nada  
ganaba ocultándolo... Y con súbita  
decisión, se inclinó y tomó el pe-  
queñín que mostró a Matilde.

—¡Dios mío!—exclamó ésta—.  
¡Un niño!

Se apresuró a tomarlo de las ma-  
nos del criado, que no pudo por  
menos que sacarle punta a la cosa.

—¡Ya ve tú! ¡No no han echao  
la bendisioe y ya tenemos un cha-  
vea!

Pero aquí se acabó la guasa, que  
el auto de la señora entraba en la  
finca.

\* \* \*

Por segunda vez leía la misiva  
doña Irene. Era la carta de la ma-  
dre de su nieto.

Decía:

“Señora:

“Juro solemnemente que este ni-  
ño es hijo de Fernando. Me en-

cuentro sin recursos para criarlo y  
lo confió a su buen corazón.

“Renuncio a todos los derechos  
que por él puedan atribuirme y les  
aseguro que no les molestaré ni me  
verán más.

“Dios premiará cuánto hagan



por este pobre hijo a quien he hecho bautizar con el nombre de Andrés.

*"Carmela Castillo."*

La pobre dama, de poder decidir por sí sola, hubiera aceptado en el acto la encomienda que le entregaba la desdichada. Pero quedaba don Andrés, hombre muy severo en ciertas cosas, pero particularmente en lo que atañía al honor.

Y cuando la buena señora, preocupada cavilaba cómo convencer a su esposo de la necesidad de retener consigo a la infeliz criatura, hete aquí que entró el padre de Fernando.

En la actitud de su esposa comprendió el buen señor al punto que algo ocurría. No en balde se casara con ella por amor, y seguía queriéndola aún hoy en día, luego de treinta años de matrimonio, con el mismo amor que treinta años atrás.

Sus preguntas apremiantes, sólo recibieron una respuesta. La carta que le tendía doña Irene y que él leyó con evidente preocupación primero e indignación después.

Pero si entre la servidumbre la presencia de la criatura había producido una revolución jubilosa, don Andrés estaba muy lejos de dejar-

se ganar por las simpatías manifestadas de la incipiente abuela. A todos sus razonamientos oponía razones y lógicas, cosas éstas en verdad muy pobres para una mujer que era todo corazón y que se sentía dos veces madre de la pobrecita criatura abandonada de todos y que llevaba sangre de su sangre.

—Pero ¿no comprendes?—le repitió por milésima vez el caballero, desolado de que no entrara en razón—. ¡Esto es un compromiso muy grave!... Tenemos que deshucernos del chiquillo...

Y luego, con una completa falta de lógica, puesto que ella bien manifestara sus pensamientos, añadió:

—¿Qué has decidido tú? ¿Qué has pensado?

Doña Irene rió por lo bajo. Bien conocía ella el síntoma. Cuando recurría a ella, era porque estaba muy próxima a conseguir sus propósitos.

—¿Yo? No sé... Pero si hacemos intervenir a la policía...—respondió la dama taimadamente.

Don Andrés la miró entre furibundo y aterrado.

—¡Calla, mujer, calla!... ¿Te has dado cuenta del escándalo?

—¡Pobre hijito!... — se lamentó doña Irene.

—Sí, pobre hijito — convino el buen señor, algo dolorido a su vez. — Pero, nosotros...

Y dándose cuenta de su debilidad, reaccionó decidido.

—No habrá más remedio que dejarlo por la noche en... ¡cualquier sitio! Desde luego, donde alguien pueda recogerle—terminó para justificarse a sus propios ojos.

Doña Irene decidió emplear su supremo argumento. Tocó el timbre.

—Ahora vendrá Matilde para que veas al niño. Le han puesto tu nombre, Andrés...

—Sí...—convino el abuelo, algo enternecido—. Ya sé que le han puesto mi nombre — continuó con súbita energía, tanto más sospechosa cuanto que era excesiva—; ya lo he oído. Tú quieres enternecerme, te conozco, pero no lo conseguirás.

Se abrió la puerta del salón y aparecieron los criados —que ya habían sido previamente advertidos—; delante iba Matilde con la criatura y en pos *Facultades*.

La criada se acercó al abuelo y

con entusiasmo que no se esforzaba por ocultar, exclamó:

—¿Ha visto usted, señor, qué preciosidad de criatura nos ha llovido del cielo? ¡Pesa cinco kilos!

*Facultades* sabía ser oportuno en ocasiones. Vió en el rostro de la abuela un deseo contenido, y sin encomendarse a Dios ni al diablo, tomó el niño de las manos de la criada y lo puso en los de la dama.

—¡Si le oyera usted cantá!—dijo ponderativo—. Si cuando sea mayor e divo, ya tengo el nombre: “¡El niño der sexto!

Pero la abuela no estaba para gracias; miraba enternecida a la criatura y no pudo contener las ansias que sintiera desde que lo había visto entrar. Le dió un beso muy dulce y muy chico.

Seguidamente se levantó de donde estaba. No se había escapado a su observación que don Andrés, entre los dos criados, contemplaba al pequeñín con una chispilla de ternura. Y quiso acabar de vencer la oposición de él.

Se acercó muy lentamente y al estar a la vera del grupo, al tocar con suave caricia la barbilla de la criatura, ésta alegró los ojos y pa-



— Soy tan feliz que .. a veces...



— ¿Por qué no sigue usted, «Faculades»?



—Le oigo a usted... como quien  
oye granisar.



—¿Fernando? ¡Nene! ¿Eres tú?





—¡Pobre hijo de mi vida!



—¡Dios mío! ¡Un niño!



—Han transcurrido cuatro  
años...



... evocaba amorosamente a su hijo.



Andrés era ahora una preciosa criatura...



Sor Angélica era la misma mujer que en la vida mundana se llamara Carmelia.





—Es la hora de tomar la medicina.



—Adelante, Alfredo...



—¡Papá! ¿Por qué te tapen los ojos?



Y la operación se realizó.



—¡Bendita seas, Carmela! ¿Cómo podré pagarte todo lo que haces por mí?



—¡Mamá!

—¡Hijo!



reció reír placentera... ¡Era una monada!

¡Vamos si lo era! Como que *Facultades*, que estaba loco perdido desde que elorro apareciera ante sus ojos, no pudo por menos que hacerle ver al señor:

—¡Ojá! ¡Qué gracioso! Se ríe mirándole a usted.

Pero el padre de Fernando seguía en sus trece. Sentía rabia de tener que hacer lo que hacía. Y por esto la ira que experimentaba estalló contra los criados.

—¡Qué bien harías con hablar menos, *Facultades*!—empezó, dirigiéndose a éste. Y como viera que la doncella manifestaba evidente sorpresa por una riña que no tenía razón de ser, le ordenó: ¡Usted, márchese!

Y mientras la sorprendida Matilde lo hacía, tomó de manos de doña Irene a la criatura y la puso en brazos de *Facultades*.

—¡Toma este muñeco!—dijo al aturdido criado—. Y esta noche lo dejarás, sin que te vean, lejos, en un lugar donde alguien pueda recogerlo. ¿Comprendes?

—Zi, zeño—respondió muy mustio el hombre.

Pero don Andrés no estaba para fijarse en ello. Los malos tragos gus-

taba de pasarlos pronto. ¡Y ya estaba dado el paso fuerte! Ahora a pensar en otra cosa.

Pero si en el periódico pensaba hallar olvido, no fué así. Que justamente, por donde fué a abrirlo, hubo de hallar, al pie nada menos, que un par de anuncios para niños. Allí había talcos, alimentos especiales para las criaturas, cosas que no se usaban cuando Fernando había nacido. ¡Tan bien como él viviera al mundo! ¿Y un hijo de su hijo era condenado por él, don Andrés, a que se le echara a la calle?...

Miró de reojo a su esposa.

Tenía una revista en las manos. Una revista de modas. Y sonreía. El caballero imaginó lo que ella vería. Modelos para chiquillos, canatillas, gorritos...

Y justamente entonces, por la puerta entreabierta, llegó a oídos de los abuelos el llanto de la criatura, del bebé infeliz que no tenía padre, que no iba a tener a nadie...

Se vieron marido y mujer. Ambos estaban sonrientes, ante aquel lloro del tierno infante. Luego él de pronto se puso serio, dolido de que su Irene le hubiese descubierto en aquella actitud...

Y al fin tomó una decisión. Una

decisión que también estaba recubierta por su actitud adusta, severa, como siempre.

—Ni una palabra más...—dijo a su esposa—. Puesto que tú te empeñas... nos quedaremos el niño. Llama a *Facultades*.

¿Cómo no había de hacerlo la abuela! Se levantó agilísima, agradeciendo a Dios que su esposo hubiera sido como siempre tan bueno. ¿Qué importaba el subterfugio que él empleaba de acceder sólo a su deseo? ¡Ella sabía bien que él también lo quería!...

Pulsó el timbre y casi en seguida apareció *Facultades*. Se le veía la ansiedad pintada en el rostro...

—*Facultades*... — empezó don Andrés.

—Zeló...

—No cumplas la orden que te he dado.

—¿Eh?—gritó el criado, que estaba trémulo de júbilo.

—De momento nos quedaremos con el niño—terminó el esposo de doña Irene.

—¡Y olé!

Ni aunque hubiera tenido pena de la vida se hubiera reprimido el andaluz en aquella ocasión. ¡Si a pesar de su severidad, hasta hubiera besado a don Andrés!

Pero éste conservaba siempre las distancias. Su ceño se frunció severamente y preguntó más grave que nunca:

—¿Qué es eso, idiota?

Y por aquella vez el nombrecito le fué simpático a *Facultades*. Afirmó rotundamente con la cabeza:

—Idiota, ¡xí, zeñó!

## V

Han transcurrido tres años...

En la cocina, donde reinaba el trío que formaban *Facultades*, Matilde y Teodora, todavía duraban las mismas trifurcas entre el andaluz y la maña.

Pero había llegado el momento en que Teodora tomara su venganza. Ya comenzaba la cosa.

El inmutable *Facultades* estaba leyendo con ojos tamaños un programa que le había entregado la cocinera. En guasa había comenzado a explicárselo a Matilde, pero hete aquí que de pronto paró en seco, y luego de parpadear, gritó como si hubiera visto un fenómeno:

—¡Mi señora agüela, ya flame! Pero, ¿e verdá lo que dise este programa?

—Sí, señor — declaró Teodora que estaba en las glorias—. ¿Qué le paice? Voy a cantar en una junción que dan los carteros...

—¿Los carteros?—repitió *Facultades*, que ya empezó a sacarle punta a la cosa—. ¡Matilde, a ésta la sertifican, por la salú de mi mare! E usté la Anndy Ondra de vía estrecha...

—¿Qué ice que soy?—preguntó Teodora, que ya no era la baturra de otras épocas, sino una chiquilla linda, con el pelo a la *garçoane*, aunque el acento no había quien se lo arrancara ni a tres tirones.

—Te compara con una estrella de la pantalla, mujer—explicó Matilde.

—¡Ah!—suspiró la fregona, ya tranquilizada. Y lanzándose por los campos de la ilusión, continuó—: ¿Qué esitazo voy a tener! ¡El público se va a levantar de las butacas!

—¡Pa irse!—aseguró el andaluz.

—Sí, sí...—burlóse la otra, confiada—. Güenos cuarticos me ha



costao aprender. Sólo en maistro y en cademia...

—¡Vaya pedrisco! —exclamó el criado, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Ojá! ¡No da usté una sana!

—¡Güeno, ridiós! Paice usté del fielato. No deja pasar na. ¿Hi dicho algo mal?

—No... — repaso *Facultades*—. Es usté una ametralladora, hija mía. Si suerta usté esas palabritas en una canción, la van a tirá moniato, por mi salú.

—¿Eh? —exclamó la aragonesa.

—¡Que va a tené que pedi árnica por radio! ¡Ya lo verá usté!

—No exagres —terció aquí Matilde.

Pero *Facultades* no la escuchaba.

—¡Lástima de mujé! ¡La van a escalabrá, pobresilla! Tan bien ha-se la vinagreta...

—¡Déjala con sus ilusiones! —dijo aún la doncella.

Pero Teodora, estaba dispuesta a apabullar ahora a su eterno crítico.

—¡No li hago caso! — dijo—. ¿Queréis que sus cante la rumba del negro Simón?

Aquello ya pareció mejor al criado. Pero había una dificultad.

—¿Sin música? —preguntó.

—Con la gramola. Con ella ensayo tós los días —explicó la cocinera.

—¡Claro! —saltó el andaluz, como si hiciera el gran descubrimiento—. ¡Y luego le salen a usté las cloquetas achicharrás!

Pero lo cierto es que Teodora no era tan mala como supusiera *Facultades*. Se arregló con dos trapos de cocina y con ayuda de una ca-cerola muy brillante.

Y con la musiquilla, empezó la rumba castiza, "El negro Simón", con el coro de sus dos compañeros, que pronto pescaron el estribillo y fueron estupendos comparsas.

Ayer me dijo al oído  
al verme al nego Simón  
mulata, ¡quieres venirte  
conmigo y al malecón?

Al puntico con él me fui  
septando su invitación,  
pero el nego abusando de mí

¡Ay!  
atrevió fué y me besó.

Nego Simón,  
Nego Simón,  
¡Ay! yo no quiero dir al malecón  
Nego Simón,  
Nego Simón,  
pues si repites ma da un sofocón.

Pasé la noche rendida  
henica de confusión  
pensando y al otro día  
reñir al nego Simón.



Se le dije en cuanto le vi  
y por toda contestación  
me cogió entre sus brazos así...

¡Ay!  
y otro beso me colocó.

Nego Simón

Nego Simón

¡Ay! yo no puedo dir al malacón

Ay, simarrón,

ay, simarrón,

pues si repites me da un sofocón.

Tuvo un éxito loco. La lástima  
fué el final...

Porque fueron a dar de cabeza  
contra una mesa llena de vajilla y  
cristalería y nada, ¡ni una cosa pa-  
ra contar!o!

Y en aquel momento doña Irene  
que entraba en la cocina para ver  
qué era el motivo de aquel jolgo-  
rio...

\*\*\*

Aun proseguían los amores de  
Gloria con Fernando. Pero...

Pensaba en ellos la bella rubia,  
mientras se hacía la manicura. Pen-  
saba en que se cumplía un aniver-  
sario y que la verdad, resultaba pa-  
ra ella un tanto inverosímil tanta  
fidelidad con el mismo hombre. Fi-  
delidad casi continuada, a excep-  
ción de algún ligero capricho...

Y entonces sintió la mano de su  
amante que le tapaba los ojos, mien-  
tras le murmuraba cariñoso:

—¿A que no puedes adivinar lo  
que te traigo?

Gloria se sintió jubilosa. ¡Segu-

ramente su nuevo capricho ya com-  
placido!

—¿El collar de perlas que vimos  
ayer?—preguntó con mimo y at-  
siedad, a un tiempo.

Fernando se echó a reír. ¡Cuánto  
le gustaban las chucherías a Glo-  
ria!

—¡Algo que vale mucho más!—  
dijo, por fin, al tiempo que separa-  
ba la mano de los ojos de ella y  
le ponía a la vista una hermosa flor.

—¡La primera rosa del año! La he  
quitado del ramo que la doncella  
iba a ponerle a la Virgen de la Es-  
peranza que mi madre tiene en un

pequeño altar. ¡Ya ves si vale esta flor!

Pero Gloria opinaba lo mismo. Y al fin no pudo menos de reirse burlonamente, sin darse cuenta de que hería muy hondo a Fernando.

—La intención es buena — dijo ella al fin—. Pero... como regalo del día de hoy... ¡Es un poquito cursi! Mira...—terminó, señalando la cabecera de una revista.

Allí indicaba la fecha del 15 de mayo de 1933.

—Han transcurrido cuatro años del famoso accidente de automóvil...—continuó luego de una pausa—. ¡Cuatro años hace que nos conocimos, Fernando!

Se le abrazó mimosa. Y un momento después, al tiempo que jugueteaba con su corbata, prosiguió:

—Oye, nene...

Pero él la atajó, antes de que prosiguiera:

—Ya sé lo que vas a decirme. Que debemos legalizar nuestra situación, ¿verdad? Ya sabes que ésta es mi constante preocupación, pero he de vencer la tenaz resistencia de mi padre... El otro día me amenazó con quitarme el niño si me casaba contigo.

Gloria se separó un poco de él, evidentemente enojada.

—Comprendo — dijo con despecto—. No represento nada para ti. Y yo, como una tonta, queriéndote cada vez más...

—Pero, Gloria...—prosiguió Fernando.

—¿Qué tiene de particular que pongan a tu hijo en un pensionado?

—explanó egoístamente la amante.

—Los niños en casa... estorban...

El joven la miró disgustado. No le gustaba así.

—¡Eso no, Gloria!—dijo terminantemente—. No hables de separarme de Andrésín...

Se dió cuenta de su sequedad, de que había herido los celos egoístas de su compañera y trató de dulcificar un poco sus manifestaciones...

—Tú no puedes comprender— dijo, ahora suavemente—. ¡Es tan travieso!... ¡Me quiere tanto!...

Y evocaba amorosamente a su hijo.

Gloria se vió vencida y más que para Fernando, murmuró para sí:

—Debí pensar en todo esto... ¡Qué necia soy!



No sabía cómo se había iniciado la conversación, pero lo cierto era que Fernando estaba oyendo a su amigo Alfredo — compañero en el laboratorio — hablando de cosas que no le hubieran gustado.

Eran algunos días después de la entrevista última con Gloria. Se habían separado algo molestos y no gustaba de que su compañero le hablara de ella, porque bastante se arrepentía él de no haber sabido llevar la cosa con el tacto suficiente para que su amante no se disgustara.

Estaban fumando un pitillo, fuera del lugar donde realizaban unos peligrosos experimentos. También estaba Antonio.

—Te digo —aseguraba Alfredo — que era su coche. Lo conozco muy bien.

Fernando sonrió. Miró compasivamente al pobre amigo, que usaba tan gruesos cristales en plena juventud.

—¡Pobre Antonio! —dijo al fin.

—Qué pena me das. ¡Cada día ves menos! ¿Y cuándo dices que fué eso?

—El martes, a eso de las diez de la noche — manifestó con firmeza el amigo —. Volvíamos de pasar el día en el campo, cuando al pasar por el cruce de Cuatro Caminos, vimos oculto entre la arboleda el coche de Gloria. Yo me dije: “¡Lo bien que lo estará pasando ahora Fernando! ¡Quién estuviera en su lugar!...”

El amigo de Gloria recordó.

—¿El martes? —hubo de repetir. —Nada, chico, ¡la metiste! Ahora recuerdo perfectamente que me telefoneó que no fuera a buscarla, porque se encontraba indispuesta. Te has colado, como la otra vez. Porque, para que te enteres, cuando me dice que no sale, no sale. ¡Si lo sabré yo!

Y como que no tenía más deseos de seguir aquella conversación, se metió en su laboratorio particular, con el pitillo encendido todavía.



Antonio comentó, guasón:

—¡Que te has colao, Alfredo; que te has colao!

Pero el rostro del amigo no le permitió seguir con la broma. Estaba inusualmente serio.

—No, Antonio... ¡No me he colao! El que está colao y perdido, es él. Porque has de saber que era ella. ¿Lo oyes bien? Era ella, ¡y con otro! Enfoqué los faros... ¿Comprendes ahora?

Pero Antonio no pudo responder.

Porque una explosión espantosa dejóse oír del laboratorio particular de Fernando y cuando los dos amigos acudieron presurosos y abriendo la puerta intentaron entrar en la pieza, una gran nube de humo acre les echó para atrás.

¡Algo terrible había ocurrido allí!



Andresín, aquel chiquillo apenas nacido que dejaran en la casa tres años antes, era ahora una preciosa criatura, ídolo de su padre y devoción de sus abuelos.

Avispado como una ardilla, conquistaba los corazones de todos. La servidumbre estaba loca por él y había que ver la de perrerías que le hacía a *Facultades* y a cuantas y cuantas cosas se prestaba complacido el criado.

Hacia un rato que la criatura tenía mareada a su abuela.

No le servían de nada los libros de hermosos cuentos que le mostra-

ba doña Irene. Andresín estaba impaciente porque su papá, siendo ya la hora de costumbre, no estaba en casa.

—¿Por qué no viene papá? —preguntaba por milésima vez.

Y doña Irene, muy pacientemente, se lo explicó una vez más.

—Debe tener mucho trabajo. Cuando se retrasa es que está trabajando.

Pero el niño no entendía de esto. Y expresó su voluntad con aquel tesón que sabía poner en todas las cosas que quería lograr, que eran muchas, como chiquillo mimado.



—Yo quiero que venga a comer  
—exigió— ¡Es muy tarde!

—Ya verás cómo ahora vendrá...  
¡En seguidita, en seguidita!—dijo  
la abuela.

Y en aquel momento sonó el timbre del teléfono.

—¡Calla ahora!—pidió la buena señora al tomar el auricular—. Calla un momentito... ¡Será papá!

Pero no, no era Fernanda. Era una voz que al pronto no reconoció. Que resultó ser luego de Alfredo, su compañero de trabajo.

Y que decía con voz alterada, algo terrible...

—La explosión—explicaba el pobre hombre—, ocurrió mientras efectuaba unos experimentos en el laboratorio. Le hemos llevado inmediatamente al dispensario más próximo, donde le han hecho la cura de urgencia. Los médicos afirman que las quemaduras no son muy graves, pero... ¡que la vista necesita serios cuidados!...

Y los labios de la pobre madre sólo supieron proferir un fervoroso:

—¡Dios mío!

## VI

Sor Angélica había sido designada para cuidar al nuevo enfermo.

Y sor Angélica era la misma mujer que en la vida mundana se llamara Carmelita. Porque el Destino, que antaño separara los peones de la vida de esta mujer y del hom-

bre que yacía herido, ahora se complacía en unirlos de nuevo, en otra jugada...

La hermana escuchó atentamente las últimas instrucciones del médico, dispuesta a cumplirlas como todas al pie de la letra. Sabía mucho

de dolores humanos; había aprendido que no era su caso el único. Que otras desengañadas había que también fueron víctimas de la traición de un hombre. ¡Y que creían—como ella también lo creyera un día—que su caso no era para ser comprendido por nadie!

Un caso grave era el nuevo enfermo. Se temían complicaciones...

Sor Angélica echó una mirada compasiva al que yacía en la cama cuando entró en la habitación que ocupaba. Dejó las medicinas y gasas que llevaba, y luego dirigió la mirada al cuadro de registro que el enfermo tenía sobre la cama.

Había leído el nombre inolvidable:

*¡Fernando Ortega Marín!*

Tenía ante ella al hombre que había causado su perdición. Hubo un momento que se sintió humana. Pero luego venció la religiosa.

Y del asombro pasó a la piedad, y de ésta a la resignación, ante la nueva prueba que Dios le enviaba.

Pero si el alma era fuerte, su cuerpo no estaba formado más que de frágil barro impuro. Y el cuerpo cedió. Fue necesario que se sentara en la silla que había junto a

la cama, para no dar con su cuerpo en el suelo.

El rumor de la silla ligeramente movida, hizo que el herido despertara de su letargo. Se agitó prescindiendo oído, sacando los brazos encadenados bajo las sábanas.

Y ante el deber que era preciso cumplir, sor Angélica reaccionó.

Se puso en pie, guardó el brazo del enfermo bajo el cobertor y dijo:

—No se mueva usted. El doctor ha ordenado quietud.

—¿Eh? ¿Quién es? — preguntó Fernando, sorprendido, volviendo la cara vendada hacia la que oía hablar.

—Sor Angélica, la hermana que han designado para cuidarle.

—¿Qué dicen los médicos? — preguntó anheloso el joven—. ¿Me curaré? ¡Usted debe saberlo!

Sor Angélica le miró con gran dulzura...

—Seguramente que se curará. Es una operación muy delicada, pero confían en el éxito y en Dios sobre todo.

El enfermo parecía escucharla poniendo en ello su alma.

—¡Cuánto bien me hacen sus pa-

labras!—dijo, al ver que se interrumpía—. Siga usted hablando, hermana, porque su voz...

—¿Qué le pasa a mi voz?—preguntó la hermana, viendo que Fernando parecía indeciso.

Y hubo una inflexión muy cariñosa en sus palabras.

—Su voz—continuó él, animado—me recuerda exactamente la de una buena muchacha que fué novia mía...

Sor Angélica se llevó la mano al pecho. Pero valientemente continuó cumpliendo su misión.

—Pues obedézcame, haciendo todo cuanto mi voz le ordene, puesto que despierta en usted tan amables recuerdos. Figúrese que es ella quien le está cuidando...

—¡Imposible!—aseguró Fernando, con desaliento—. Me porté muy mal... muy mal con aquella infeliz...

¡Había arrepentimiento en la voz de él!

Sor Angélica, que preparaba la medicina para el herido, notó que sus manos temblaban, próximas a dejar caer la cucharilla y el vaso.

Pero otra vez la voz del deber le dió alientos.

La hermana se aproximó al herido y llevando en una mano la medicina, con la otra le levantó la cabeza, al tiempo que decía:

—¡Vamos! Incorpórese... Es la hora de tomar la medicina.

Fernando obedeció sin protesta.

Pero al apoyar de nuevo la cabeza sobre la almohada, hubo de lamentarse:

—¡Ah! ¡Qué sabor tan desagradable! ¿Quiere darme un poco de agua?

—¡No! — negó la hermana—. ¡De ningún modo! Tiene usted fiebre y el agua podría perjudicarlo.

El herido se conformó. Y durante unos minutos hubo un silencio en la estancia.

De pronto, él dió expresión hablada a su pensamiento:

—¡Gloria! ¿Por qué no vendrá Gloria?—dijo, cual si se lo preguntara a él mismo—. ¡Hermana!...

—Diga.

—¿Quiere informarme de si ha venido una señorita a preguntar por mí? Advierta al portero... Si viene, que entre en seguida...



Y sor Angélica accedió.

—Voy... Pero prométame estar-se quietecito.

—Sí, hermana, se lo prometo.

¿Qué no hubiera prometido Fernando? Iba a hacer lo que él quería, y además, ¡sabía pedir las cosas tan dulcemente!

\* \* \*

Justamente cuando sor Angélica llegaba a la portería, Gloria estaba preguntando por el herido.

Y el portero, al ver a la enfermera, le dijo:

—Precisamente, esa hermana que llega es la que cuida del señor por quien usted pregunta.

Y las que en un tiempo fueran rivales, volvieron a encontrarse.

La visitante preguntó:

—Buenas tardes, hermana... ¿Es usted la enfermera de don Fernando Ortega?

—Sí, señorita—repuso sor Angélica.

Y alzó la vista, que hasta entonces tuviera modestamente fija en el suelo. Entonces la reconoció Gloria, que ya había comenzado a mirarla con atención. Y sintióse vencida en un terreno que no era el de la seducción, sino el del sufrimiento. Y también sintió miedo.

La hermana habló cual si no recordara ya a la que la había humillado en una fecha inolvidable.

—¿Es usted, acaso—preguntó—, la señorita Gloria, a quien don Fernando espera con tanta impaciencia?

—Sí... Yo soy—repuso la otra, aun anonadada por la burla del Destino.

Sor Angélica se volvió, iniciando la marcha, al tiempo que decía:

—Sígame, tenga la bondad.

Pero Gloria tenía otro propósito. Quería saber antes de ver al herido...

—Un momento, hermana—pidió, deteniéndola con un ademán—. Quisiera saber...

La religiosa se volvió.

—Diga.

—¿Quedará ciego don Fernando? ¿Acaso — y esto lo dijo con



más temor—con el rostro desfigurado?

—¡Quién sabe!... — manifestó sor Angélica, encogiéndose de hombros—. Después de varias consultas, los médicos han decidido operarle sin garantizar el resultado, dada la gravedad del caso.

—¡Qué horror, Dios mío!—exclamó la bella rubia, estremeciéndose.

—En cuanto a las quemaduras que sufre... Indudablemente, dejarán huellas en su rostro; pero... si salva la vista... ¡esto es lo de menos!

Gloria había ya tomado una decisión. Jamás había gustado de los sufrimientos. Y Fernando no era tanto para ella como para que le hiciera una excepción.

Así, pues, dijo:

—Muchas gracias, hermana... Mañana volveré. Ahora no puedo detenerme. Buenas tardes.

Inclinó la cabeza al marchar, y sor Angélica le correspondió con el mismo saludo. Pero había desprecio y compasión en la actitud de la religiosa, al verla huir tan cobardemente de un puesto que no hubiese debido abandonar.

Poco después entraba en el cuarto del herido.

Y el momento sonó la voz de él, llena de ansiedad:

—¿Es usted, sor Angélica?

La hermana no contestó hasta haberse sentado a su lado y luego que hubo arreglado las sábanas que cubrían al herido.

¡No era más que una pobre mujer! ¡Le hacía daño el interés de aquel hombre por la mujer que le dejaba!

—Sí, yo soy—murmuró al fin.—¿Qué ocurre?

—¿Ha venido? — preguntó ansioso Fernando, tomando con su mano vendada la de la religiosa.

—Sí — repuso ésta, retirándola con suavidad y devolviéndosela dentro del lecho—. Volverá mañana.

—Pero... ¿por qué no ha entrado?

—Por miedo a impresionarle, quizás — mintió sor Angélica—. ¡Creo que hizo bien! Procure descansar, don Fernando.

Y le vió volverse de cara a la ventana, vuelta la espalda hacia ella. Para que no viera el dolor que le producía la noticia.

Y la religiosa sacó su libro de rezos. Necesitaba de toda la fuerza de la religión para apartar las pequeñas miserias humanas...

¡Pero aquel hombre había sido su vida! ¡Y el dolor suyo era su do-

lor! Ella sabía tanto de desengaños...

Le miró un momento con hondo sufrimiento... Luego tuvo la fuerza de voluntad suficiente para abismarse en el rezo.

\* \* \*

Hacia rato que permanecían silenciosos, cuando asomó la cabeza del portero. Llevaba una carta en la mano.

Sor Angélica se levantó, al tiempo que el hombre decía:

—Una carta para el señor Ortega.

El herido se había vuelto de súbito. Su cara vendada recejaba, aún bajo las gasas, toda la ansiedad que experimentaba...

La hermana se acercó lentamente hasta la cabecera del lecho. Sonreía misericordiosa ante la actitud de él. No podía hacerle en el corazón, no debía hacerle daño: porque no era ya suyo, lo había entregado al Señor.

Dejaba la carta sobre la mesita, cuando Fernando preguntó:

—¿He oído mal, hermana? ¿Una carta para mí?

—Sí, señor — aseguró la enfermera, entregándole ahora la misiva.

El joven la retuvo un momento entre sus manos, como acariciándola, pues el perfume le decía ya de quién era... Pero quiso asegurarse.

—¿Quiere usted ser tan amable de abrirla y ver la firma?—pidió suplicante, al tiempo que la tendía.

Sor Angélica accedió.

Rasgó el sobre, abrió la carta y leyó:

—¡Gloria!

—¡Es de ella!... — dijo, en un suspiro de satisfacción el herido—. ¿Quiere leérmela, hermana?

Pero ella ya lo hacía. Al buscar la firma, una palabra le llamó la

atención. Frunció el ceño y no pudo evitarlo: leyó.

—¿Se lo ruego!... ¿Qué dice?— manifestó impaciente Fernando, que no podía adivinar lo que pasaba por el alma de la enfermera, tan ligada a él.

—Un momentito — musitó sor Angélica—. ¡Qué impaciente!

El joven comprendió que su deseo sería satisfecho... Y refrenó sus ansias.

—¡Perdóneme usted! — dijo—. Lea cuando guste.

La hermana le miró compasiva, amorosa, como se mira a un niño en cuya alma leemos como en un libro. Los ojos de ella eran hermosos como nunca...

—Oiga usted—dijo al fin; y con los ojos fijos en el papel, continuó: —“Querido Fernando: no sabes con cuánta pena me enteré de tu desgracia. Rezo y lloro constantemente, pidiéndole a Dios que te cure pronto. Estaré unos días ausente, pues he recibido un telegrama urgente que me reclama al lado de mi padrecito enfermo. Volveré pronto a tu lado. Piensa que no te olvida un solo instante... Gloria.”

Al terminar la enfermera, dobló la misiva, la puso dentro del sobre

y la entregó a Fernando, quien la tomó presuroso entre sus manos.

—Muchas gracias, sor Angélica — manifestó con hondo reconocimiento.

La hermana le vió acariciar la carta con infinito amor, luego besarla y, finalmente, ponerla bajo la almohada.

¡El pobre se sentía feliz!

Y fué entonces que llamaron a la puerta, abriéndose ésta casi seguidamente y asomando Alfredo.

—¿Se puede?—preguntó.

—Adelante, Alfredo...—respondió al punto el herido, lleno de alegría.

El amigo acudió con precipitación. Le quería mucho Alfredo a Fernando. Tomó las manos del joven con verdadero júbilo, pero algo dolorido porque también sabía que el caso era muy grave...

El ruido de la puerta que se cerraba, hizo saber a los dos hombres que se hallaban solos.

—¡Fernando!—dijo entonces Alfredo.

—¡Hola, muchacho!...

—Me han asegurado que tu caso no es tan grave como pareció al principio.



—Sor Angélica dice—explicó el herido—que recobraré la vista.

—¿La hermana que tienes de enfermera?—indagó el amigo.

—Sí, la que acaba de salir... ¡Qué buena es!—aseguró Fernando con unción—. Figúrate que hace un momento me ha leído la carta de Gloria.

Y al hablar así, metió la mano bajo la almohada y mostró la misiva recibida poco antes.

Alfredo no ocultó su disgusto.

—Recobrarás la vista, querido Fernando... Pero seguirás ciego por esa mujer...

—Dejemos esto, Alfredo—pidió el herido, poniendo su mano sobre las del amigo—. ¿Quieres leerme la carta?

El amigo tomó el papel de mala gana.

—¿No dices que la hermana te la leyó?

—Sí, pero... ¡hazme el favor!

—Bueno...—accedió Alfredo.

Pero el contenido de aquella misiva hizo que el hombre abriera ojos tamaños, mirara luego a su amigo y finalmente procediera a leer el contenido primeramente para sí. Y el hombre se fué poniendo muy serio.

—¡Atiza! — exclamó al fin, sin poderse contener.

—¿Qué?—preguntó sorprendido Fernando.

Alfredo miró recelosamente al herido. Y mientras se sacaba los lentes y los limpiaba para ver más claro, inquirió:

—¿Tú sabes lo que dice esta carta?

—¡Claro que lo sé!—rió Fernando.

El buen Alfredo nunca había sido un muchacho de grandes entendederas. Sólo en la química era una notabilidad... No entendía aquello, ahora.

Se encogió, pues, de hombros y murmuró:

—Bueno, bueno...

Y leyó la carta:

“Querido Fernando:

“No sabes con cuánta pena me enteré de tu desgracia. Pensaba ir a verte, pero un telegrama urgente me reclama al lado de mi padrecito enfermo.

“Mañana, pues, mañana al extranjero y quizás no nos veamos más.

“Guardaré siempre un buen re-



cuerdo de ti y te desca un pronto restablecimiento,

"Gloria."

El estupor anonadó por unos momentos a Fernando.

Pero de pronto preguntó con una voz extraña, eco del dolor horrible que la carta traicionera había producido en su alma:

—¡Cómo!—gritó—. ¿Qué quizás no nos veamos más? ¿Dice eso la carta?

—Naturalmente—respondió Alfredo, que navegaba en un mar de confusiones—. ¡Te abandona en la desgracia!

Hubo un corto silencio y de pronto

el dolor de Fernando estalló en toda su grandiosidad.

—¡No es posible! — exclamó, buscando y hallando el brazo del amigo—. Dime la verdad, Alfredo, ¡te lo ruego!...

El amigo comenzaba a vislumbrar la verdad; advertía que había cometido un grave error, aunque sin saberlo.

—Pero, entendámonos — balbució—. ¿No me dijiste que sor Angélica te la había leído?

—Sí — respondió Fernando con lentitud, pues la luz acababa de hacerse en su cerebro—. Pero esta santa mujer... ¡mintió piadosamente!

## VII

Ya se había ido Alfredo.

Sor Angélica ocupaba nuevamente su puesto junto al herido, que parecía postrado terriblemente.

La hermana leía su libro de rezos.

De pronto el herido dió forma al pensamiento que le bullía en la mente.

—¡Hermana! ¡Qué buena es usted!...—dijo—. ¡Mi amigo Alfredo me leyó la carta!

Sor Angélica dejó caer su libro de rezos en la falda.

—¡Cómo!—balbució—. ¿Que le leyó?...

—Sí—repuso Fernando con voz sombría—. Ahora estoy enterado de

la verdad, toda la verdad, y sé cuánto veneno pueden encerrar cuatro letras escritas por la mano de una mujer...

—¡Pst! — conminó la hermana, pidiéndole silencio y como para impedir que soltara la barbaridad que parecía próxima a asomarse a su boca—. ¡No se exalte!

Para obedecer, el joven hubo de morderse los labios. Pero no podía estar mucho rato callado. La traición de Gloria le traía otros recuerdos y gozaba hundiéndose él en el fango.

—Fui un necio, ¡sí, un necio! — exclamó, regodeándose en su propia acusación—. ¡y un solemne estúpido!, creyendo en su cariño. Por ella, refí con mis amigos; por ella, me indispuse con mis padres, y por ella destruí la vida de una mujer santa y buena, que me quería con toda su alma... ¡No tengo perdón, no tengo perdón! — gritó, hecho un loco.

Sor Angélica desaparecía: aquel hombre arrepentido, reconocía sus errores. Y fué la Carmela de otros días la que sin poderse contener y con el mismo tono cariñoso de otros tiempos, se dirigió ahora al herido, tomándole fuertemente de la mano...

—¡Fernando! — gritó.

Y la exaltación del joven cesó como por ensalmo. El tono de voz le hizo olvidar todo lo demás. Sin ver, presintió en el acto a quién tenía al lado. Y la emoción fué tan grande que le dejó mudo.

Sólo al cabo de un largo momento, logró modular con voz apagada, dudando de sí mismo, pero seguro en lo que decía:

—¡Carmela!

Y su mano oprimió fuertemente la que había acudido a contener su dolor.

Pero el momento de debilidad humana había pasado. Sor Angélica se había sobrepuesto.

Y su voz sonó ahora con extraordinaria paz, al tiempo que rehuía el contacto del hombre involvidado.

—¿Qué dice usted, señor Ortega?

Pero el herido estaba seguro de haber oído bien. Y era inmenso su júbilo. Tanteando, halló otra vez la mano huída y no la dejó escapar...

—¡Carmela! — exclamó exaltado—. Sí, ahora te reconozco bien...

Y se puso a besar la mano, que la pobre mujer en vano trataba de rehuir. Sus ojos estaban fijos en el cielo. ¡Dios mío! ¡Cuánta fuerza le

era necesaria ahora para sobreponerse! Pero era fuerte...

—¡Perdóname, Carmela! — seguía diciendo el joven—. ¡Fui un cobarde! ¡Perdóname!

—¡No me explico, don Fernando!—murmuró la hermana, casi sin fuerzas—. ¿Qué le pasa a usted?

Y la duda entró por fin en el cerebro de su antiguo novio. Ya no estuvo seguro... Y se avergonzó de su arrebató.

—Perdón, sor Angélica—rogó.—¡Estoy loco! Creí oír su voz! ¡La voz de Carmela!... ¡Si usted conociese mi vida, hermana!... Carmela era una muchacha a la que abandonó con un hijo, ¡un hijo que es su vivo retrato!

La infeliz le miró con ojos desorbitados. Podía resistirlo todo, ¡pero hablar de su hijo!

—¡Cálmese!—exclamó con irrimprimible agitación—. ¡Por Dios!

Pero Fernando quería hablar.

Encontraba gran bien, en aquel descargo de su conciencia. Las horas de prueba que estaban viviendo, le traían tantos recuerdos...

Así continuó:

—El niño vive conmigo, hermana. Ya lo verá usted. Vendrá a verme esta tarde con su abuelita... Pero de su madre, nunca hemos sabido nada.

Hizo una pausa. Sor Angélica, con los ojos cerrados, oía, oía, aún a su pesar.

—¿Comprende usted ahora? — prosiguió él—. Gloria me abandona, yo aquí, ciego... Y usted a mi lado para recordarme con su voz a la mujer que de veras me quiso; la desdichada madre de mi pequeño.

Ya no fué posible más.

La desdichada hubo de refugiarse en un rincón de la estancia para secar las lágrimas que le resbalaban por las mejillas y vencer el ahogo que agitaba su pocho.

\* \* \*

Iban los tres muy felices.

Andresin de la mano de *Facultades* y en pos doña Irene. El chiquillo iba a ver por fin a su papá,

después de tanto tiempo—porque le parecían siglos a la criatura—que no le abrazaba. El criado quería de veras a su señorito y la buena de



doña Irene anhelaba la hora de poder correr al lado del hijo herido.

Sólo un temor en el alma de todos. Que el chiquillo, charlatán como era, no contara a su padre el hondísimo dolor que la desgracia produjera en todos. Que no querían que el pobre Fernando, además de sus dolores, tuviera la pena de saber los que causaba.

Y al ir a abrir la puerta de la estancia de la clínica ocupada por Fernando, salió de allí una hermana.

Y *Facultades* se quedó de una pieza. Porque en el acto reconoció a la que fuera un día la novia de su señorito. Saludó y entró con el chiquillo. Que no hubiera podido hacer ni decir otra cosa.

Pero si sorpresa fué para el criado, la de doña Irene no quedó a la zaga. Porque fué aquél el hundimiento de muchas ilusiones que la buena señora acumulara ansiosa y secretamente.

Al fin, después de mucho tiempo, se encontraba con la madre de su nieto... ¡Pero la encontraba convertida en religiosa!

La miró con ojos llenos de dolor. Y de lo más hondo de su corazón salió la pena en una sola palabra:

—¡Hermana!—gimió.

Pero sor Angélica se llevó el dedo a los labios, indicando silencio. Había sido ya muy duro el día para el enfermo. No convenían más emociones.

Hizo señas de que entrara, que luego hablarían.

Y doña Irene accedió.

Cuando penetró en el dormitorio ocupado por Fernando, ya estaba Andrés en brazos de su padre. *Facultades* hacía todos los esfuerzos imaginables por que las malditas lágrimas no le asomaran...

El herido oyó la entrada de su madre, y un grito que era un recuerdo de los días de su infancia. Llegó recto al corazón de la anciana:

—¡Mamá!

—¡Fernando!—respondió la pobre mujer, corriendo a su lado y besándole.

Por fin, el andaluz venció el maldito mudo y pudo hablar, aunque la voz parecía más delgada que el filo de una navaja:

—¿Señorito!

—¡*Facultades*!—dijo alegremente el joven, tendiéndole la mano.

—¿Cómo te encuentras?—quiso saber doña Irene—. Mejor, ¿verdad?



—Hoy me duelen mucho los ojos... Parece que me pinchan con alfileres...

—¡Eso no es na, zeñorito!—aseguró *Facultades*—. ¡Usted es fuerte!

La madre de Fernando estaba impaciente. Quería entrevistarse con la hermana, y haciendo una seña que al punto comprendió el criado, manifestó:

—Voy a buscar a la hermana para que entretenga a Andrésín. Vuelvo en seguida.

Y cuando abrió la puerta, pudo oír cómo el chiquillo preguntaba a su padre:

—Papá... ¿Por qué te tapan los ojos?

—¡Ángel mío!—respondió el herido, estrechándole con toda su alma y besándole.

Porque quizá entonces el joven pensaba que sólo le quedaba en el mundo aquella criatura de la felicidad pasada y que ya comenzaba a añorar...

\* \* \*

Doña Irene fué conducida por sor Angélica hasta una salita de espera.

Apenas se vió en ella la madre de Fernando, se volvió angustiada y expresó en pocas palabras toda la simpatía que sentía por la dolorosa que ante sí tenía:

—¡Carmela!... ¡Hija mía!... ¡Cuánto habrá sufrido usted!...

La joven bajó la cabeza, pero sólo un instante. Luego repuso dulcemente:

—Dios nos compensa siempre en nuestros sufrimientos. Porque El lo quiere, soy yo, precisamente, la enfermera que cuida a Fernando.

La buena señora comprendía que iba queriendo más y más a la madre de su nieto.

—¡Le paga usted así el mal que le hizo!—exclamó.

—En nuestro corazón no coge el odio, señora—repuso sencillamente la hermana—. ¡Es tan hermoso perdonar! Doy gracias a Dios por haberme puesto a prueba...

—¿Sabe mi hijo que usted?... Sor Angélica negó con la cabeza.

—Ni lo sabrá nunca—aseguró.  
—¿Cómo?—exclamó sorprendida la dama.

—Porque una vez efectuada la

operación, si sus ojos se abren nuevamente a la luz, sor Angélica desaparecerá.

—¡Carmela! — pidió, dolorida, doña Irene.

—Sor Angélica, señora — advirtió la hermana.

—¡Qué buena es usted! — murmuró la madre de Fernando.

Y luego, titubeando, pero inspirada por súbita idea, preguntó:

—Sor Angélica, ¿quiere usted cuidar del niño un momento?

La monja bajó la cabeza, no sabiendo qué contestar. ¡Era la prueba rudísima!

—¡Pobre hijito! — susurró la abuela.

Y se fué a buscarlo.

Sor Angélica alzó la cabeza al techo... Y en un ruego supremo, que también era acatamiento, dijo:

—¡Señor!... Hágase Tu voluntad...

Momentos después, doña Irene hacía entrar a Andresita. Y le dió la última recomendación:

—Quédate aquí con la hermanita y sé juicioso, ¿oyes?

Madre e hijo estaban frente a frente.

\* \* \*

Pero la inocente criatura no lo sabía. Y en cambio, aquella pobre madre, la infeliz que luchara largos años por olvidarlo todo, le tenía de nuevo ante sí, bello como un querubín e ignorante de que era ella — ¡ella, una desconocida para el pequeño! — la que le dió la vida.

El chiquillo la miraba sonriente, atraído quién sabe por qué fuerzas misteriosas...

Y sor Angélica sintió de pronto que se le doblaban las piernas y hubo de dejarse caer sobre una silla.

—¡Hijo! — dijo con voz desfallecida y tendiéndole los brazos — ¡Hijo de mi vida!

El nene se acercó lentamente. No conocía a aquella mujer, pero era tan hermosa... Y dejó que le cogiera en sus brazos, que lo sentara en sus rodillas...

Pero cuando se sintió abrazado, cuando vió que le estrechaban demasiado, se separó un poco. Y entonces advirtió que la señora hermosa que le abrazaba tenía el rostro lleno de lágrimas.

—¿Por qué llora usted?

¡Qué voz tan dulce, Dios mío!, pensó la madre.

—Lloro de alegría — explicó amorosa —, porque pronto estará bueno tu papáito. ¿Le quieres tú mucho? ¿Sí?

—Mucho — respondió agitando la cabecita muy convencido.

—¿Y al abuelito?

—También.

—¿Y a la abuelita?

—También mucho — aseguró en tono de persona mayor algo sorprendida por preguntas que se tienen olvidadas de puro sabidas.

—¿Y a tu mamá? — preguntó ahora anhelante sor Angélica.

—Yo no tengo mamá — fué la respuesta del niño, ahora algo triste —. Papá me dice que está en el

cielo y que una noche de Reyes me la traerán...

—Si papá lo dice... — consoló la hermana.

—Sí... Pero llegan los Reyes y me traen muchos juguetes, pero ¡a la mamá no! Todos los niños tienen mamá menos yo — acabó dolorido.

—¡Ángel de mi corazón! — exclamó su madre, estrechándole contra su pecho.

De pronto le vió la cadena que tenía en el cuello y sacándole la medalla que pendía de ella, vió que era la misma que ella le pusiera.

¡La misma!... La estrujó en sus manos, y una vez más los ojos de la pobre torturada se elevaron al cielo en muda expresión dolorosa...

\* \* \*

Doña Irene ya había leído la infame carta de Gloria.

Alejó al criado con el encargo de que fuera en busca de Andrésín y le llevara a pasear por el jardín, cosa que se apresuró a hacer el hombre luego de desear pronta mejoría a su señorito.

Y entonces la madre hizo un dulce reproche:

—Ya lo ves, hijo mío — comentó —. Es una imprudencia no escuchar los consejos desinteresados de los padres.

—¡Mamá! — dolióse Fernando, reconociendo la verdad.

—Cuando tu padre te aconsejó que terminases con esa mujer, aconsejándote, en cambio, que cumplieses caballerosamente con aquella



pobre modistilla, es porque estaba bien informado de la conducta de ambas mujeres.

—Sí, mamá—convino el joven.  
—¡Fue un loco!

—No — dijo aquí doña Irene, oprimiendo la mano de su hijo—. Un muchacho sin experiencia de la vida.

Fernando agradeció aquella defensa de sus pecados.

—¡Qué buena eres, mamá! Aun tratas de dculparme... Pero oye—añadió con gran sigilo y atrayendo hacia sí a su madre—. Si Dios me devuelve la vista, revolveré cielo y tierra para encontrar a Carmela. La pediré perdón y ha de verme tan arrepentido, que me perdonará:

¡estoy seguro! Aun es tiempo de enmendar el mal cometido... ¿No crees tú?—preguntó con avidez.

—Sí, Fernando, sí—dijo la madre, llorosa—. ¡Es tu deber!

—Mamá—añadió el joven—. Un encargo voy a hacerte.

—Habla, hijo mío.

—Dirás a Matilde que compre un ramo de rosas; ¡las más hermosas que vea! Y se las pones a la Virgen de la Esperanza, ofreciéndoselas en mi nombre. ¿Te acordarás, mamá?

—Sí, hijo mío...—respondió lentamente doña Irene.

Porque aquel proceder de su hijo era extraño y la dama hubiera querido comprender qué secreto propósito le impelía a ello.

## VIII

La servidumbre estaba reunida en el despacho de don Andrés.

Facultades, sentado con toda comodidad, había sacado un puro de la caja del señor y lo estaba fumando con delectación.

Pendientes de él y de sus ademanes, Matilde y Teodora—armadas

de enseres de la limpieza—aguardaban el notición mayúsculo que iba a darles. Y el condenado andaluz parecía recrearse narrando las cosas como si repartiera helado: a cucharaditas.

—¡Se me cayó er mundo encima! — explicaba ahora tras larga

pausa, que precedió al saborco del puro—. Me quedé atontao, con los ojos clavados en aquella mujé; ¡que parecía una santa!

¡Diablo! Se le había apagado el puro. Volvió a encenderlo...

Y Teodora, que en plan de fregona, le estaba escuchando embohada, exclamó rabiosa, a la par que se limpiaba con el revés de la manga:

—¡Maño! Pa contar una cosa, tarda usté más que uno del giro.

—¡A ve si se cree usté que éste es el cantá del nego Simón! —le respondió *Facultades*.

—Acaba, *Facultades* —le pidió Matilde.

—E que parese cosa e novela, ¡ojú! —dijo el criado, aun maravillado—. Entramo en la clínica, la zeñora, er niño y mangue. Y ar llegá ar cuarto donde er probe zeñorito Fernando está curándoze, vemo a una religiosa, que paresía una Virgen. ¡Con una cara e resignación y unos ojo e sufrimiento!... ¿Y quién diréis, ostedes, que era?

—¿Quién? —preguntó Teodora.

—¡Carmela Castillo! ¡La mare de Andresín!

—¡Carmelita! —exclamó Matilde.

—¡Rediela! —añadió la cocinera.

—La misma—resfirmó *Facultades*—. La modistilla con la que tan malamente ze pottó er zeñorito Fernando.

—¿Qué hizo él? —preguntó la doncella.

—¿Qué la dijo? —quiso saber también Teodora.

*Facultades* se puso en jarras, mirando con conmiseración a las dos mujercas.

—Pero cuidiao que seis ostedes serrás de entendimiento —declaró. Zor Angélica, que azí ze yama ahora, e la enfermera der zeñorito... Pero er no ze ha dao cuenta de na... ¡Porque tié los ojos tapanos con vendaje!

—¡Ah! —hizo Teodora.

Pero el criado ya proseguía, vi-  
viendo las escenas presenciadas:

—Si la hubierais visto abrasá ar pequeño, jasiéndole preguntas y er chiquillo contestándola, ¡como si ya fuera e cuota!... Yo no he yorao en mi vía... Y ar ve aqueyo... ¡la diñé como arpa vieja!

—Pues hoy ha díó el señor acompañando a la señora—dijo al cabo de un momento la cocinera.

—¿A la clínica? —preguntó *Facultades*.

—¡Claro!—confirmó Matilde.

—¡Ya ve tú!—manifestó el criado, poniéndose en pie—. Aluego leemo una novela de eza que se publican en lo papele y desimo: “¡Esto e un foyetín!”... Pus ¿zabéis qué

os digo, sentrañas?... Que esta perra vía e ezo: un foyetín en que ca uno e nosotros dezempeñamo un presonaje. ¡Y na má! Lo digo yo, ¡que soy de allá!

\* \* \*

Ciertamente, a la clínica habían ido los padres de Fernando, y el principal motivo de la ida de don Andrés—aparte del natural interés por ver a su hijo—había sido el propósito de hablar con sor Angélica.

Antes de ir tenía la certeza de que con sus argumentos convencería a la madre de Andrésín, que también estaba presente, entretenido con un juguete y apoyado en la falda de su abuela. Pero, luego de hablar con la religiosa... las cosas se presentaban más oscuras de lo que parecía.

Sor Angélica había ya dispuesto de su vida. De la existencia del mundo, guardaba dolorosísimos recuerdos y la herida en otro tiempo abierta por el proceder cruel de Fernando, habíase abondado ante el interés de éste hacia la infame que fuera causa de la propia desdicha.

Creía que el padre de su hijo sólo pensaba con remordimiento hacia ella, ante el desengaño que le había producido Gloria, no por arrepentimiento y mucho menos por amor.

Y por esto se negaba a los propósitos de don Andrés.

Había sido una discusión larga e infructuosa. El caballero agotó en vano todos sus argumentos. Sor Angélica se negaba. ¡No volvería al mundo, del que huyera en circunstancias tan dolorosas!

Triste estaba doña Irene. Sus planes largamente acariciados, se venían por el suelo. Fernando no se uniría con la mujer que realmente podía hacerle feliz.

Don Andrés se pasaba agitadísimo de un extremo a otro de la habitación. ¡No poder vencer la voluntad de la antigua modistilla!

No quería darse por vencido. Y



otra vez se encaró con la religiosa, decidido a hacer un último esfuerzo.

—¿Dentro de dos meses renueva usted sus votos, ¿no es así?—preguntó con un tono algo irritado.

—Exacto, señor—repuso pacientemente sor Angélica.

—Pues... ¡cuelga usted los hábitos y asunto concluido!

La monja cerró los ojos.

—No insistan ustedes...—dijo—. ¡Es inútil!

—Pero...—terció doña Irene—. ¿No cree usted en el arrepentimiento de Fernando? ¡Si no habla de otra cosa! ¡Si es su obsesión!

—Tiene usted en sus manos la felicidad de todos—remachó don Andrés, ya con desesperación.

La madre de Fernando empleó el último argumento, aquel en el que confiaba la victoria:

—Piense usted—manifestó, señalando a Andrés, que justamente entonces alzó la cabeza y sonrió a la monja—; piense usted en este pobre angelito que constantemente pregunta por su mamá.

Y sor Angélica fué vencida. ¡Aquél era su hijo y no tenía madre! ¡Lo había dicho él mismo!

—¡Sea!—repuso vencida.

Y en los rostros de los padres de Fernando se reflejó un júbilo inmenso.

—Pero con una condición...—añadió la religiosa.

—¿Cuál?—preguntó don Andrés.

—¡Diga!—inquirió ansiosa la madre, dispuesta a aceptarlo todo.

Sor Angélica manifestó terminantemente:

—Si la operación no tiene el feliz resultado que todos deseamos, uniré mi vida a la de Fernando... Pero si recobra la vista, persisto en que no me verá jamás. ¡Y ahora, cúmplase la voluntad del Señor!

La madre de Fernando alzó los ojos hasta su esposo, estaba llena de inquietud... Pero don Andrés afirmó con la cabeza.

Lo importante era que Fernando encontrara una esposa digna de él y que el pobre Andrés recuperara a la madre, por la que tanto aspiraba.

. . . . .

Y la operación se celebró. Y los doctores, al salir, mostraron un franco pesimismo.

Parecía difícil que Fernando recobrara la vista...

\* \* \*

Y un buen día, en la modesta mansión de María *La Clara*, la protectora de Carmela en los días lejanos, ocurrió algo sensacional.

Llegó allí una joven vestida muy modestamente, algo provinciana, con una mantilla... Y cuando acudió María a ver de quién se trataba, secándose las manos con el delantal que llevaba, se quedó de una pieza al oír una voz inolvidable que le gritaba:

—¡María!

—¡Carmela!—exclamó la buena mujer, reconociéndola al punto y precipitándose en los brazos que le tendía la joven.

Cuando la emoción la dejó hablar y hubo aclarado sus ojos llenos de lágrimas, gracias a la punta del delantal, la buena mujer preguntó asombrada:

—Pero ¿tú aquí y con traje seglar? ¿Qué ha pasado, hija mía?

—Muchas cosas, María—repuso Carmela—. En primer lugar, debe usted saber que vengo a ser su huésped por unos días, y de aquí saldré para la iglesia, pues... ¡Me caso, María!

La pobre mujer dejóse caer sen-

tada en una silla, ante la inesperada noticia.

—¿Que te casas? ¿Y con quién?

Carmela se sentó al lado de María.

—¿Con quién quiere usted que sea? —dijo sonriente la joven—. ¡Con Fernando!

—¡Virgen del Amparo!—exclamó la buena mujer, atolondrada—. Pero ¿es posible?...

La abrazó emocionada y añadió, llorando:

—¡Mira!... ¡Si estoy temblando como el azogue!

—Toda una novela, María—aseguró Carmela, besando a su protectora—. Ya le contaré, ya le contaré. Ahora tengo que marcharme. Luego, hablaremos largo y va a enterarse de lo que ni usted ni yo podíamos haber soñado nunca. Hasta luego, María...

Se levantaron y ya iba a irse la joven, cuando la buena mujer se acordó de algo.

—Un momento... ¿Y Andrés?

—¡Pobrecito hijo mío!—dijo entonces su madre—. Bien sabe Dios que por él he vuelto al mundo... ¡Sólo por él!

Algunos días después, Carmela retornaba con Fernando de dar un paseito...

El joven llevaba gafas y un bastón. Ella le servía maravillosamente de lazarillo. Doña Irene, sentada en la terraza del jardín, tenía ocasión de advertirlo y era feliz, viendo cómo su hijo al fin había vuelto a la buena senda y supo cumplir como debía. Pronto se casarían y entonces, aquel muñeco que alegraba la vida de todos se encontraría con la madrecita adorada...

Fernando y Carmela llegaban ya cerca de donde estaba la dama. El joven, aun llevado por Carmela, tanteaba con el bastón el camino. Parecía que no se acostumbraba a la ceguera...

—¿Cómo ha ido este paseito?— preguntó doña Irene.

—Muy bien, gracias—respondió la joven.

—¡Bendita seas, Carmela!—terció Fernando—. ¿Cómo podré pagarte todo lo que haces por mí?

Carmela protestó:

—¡Te prohíbo que hables más de esto si no quieres que me enfade!

—¡Es que no tengo derecho a sa-

crificarte toda la vida!—declaró el joven.

—¿Quieres callarte? —le atajó ella.

—¡Carmela! —suspiró entonces él.

Y buscó y juntó su cabeza con la de su prometida.

Ella entonces aseguró:

—¡Soy feliz, completamente feliz, cuidándote! ¿Quién mejor que yo? Y lo pasado, o concluido o guardado.

Doña Irene miraba extasiada a la muchacha.

—Pues bien—dijo entonces Fernando—, hablemos de la boda. Mamá lo tiene preparado para el día cinco. ¿Verdad, mamá?

—Sí, hijo mío—aseguró la señora.

—Y como que por la noche—prosiguió el joven—, es la Noche de Reyes, representaremos la comedia para Andrésín.

Doña Irene se enterneció con un recuerdo:

—Si le hubierais oído hoy, disputando con los niños del jardiner, cuando le decían que los Reyes no traían mamás, y él les contesta-



bar: "¡Ya lo veréis, ya lo veréis!... Me lo ha dicho papá, ¡y papá no me engaña nunca!"

—¡Pobre hijo mío! — exclamó aquí Carmela, con lágrimas en los ojos.

Y doña Irene, muy feliz, susurró, como si hablara para sí o recordara otras cosas, quién sabe si de tiempos idos:

—¡Noche de Reyes! ¡Noche de sorpresas!

IX

Y llegó la suspirada Noche de Reyes...

Andrésín había sido acostado con la promesa de que se le llamaría cuando llegaran los Reyes, que esta vez iban a ser muy buenos porque le traerían la mamá tan ansiosa.

Matilde cuidó de acostarle. Era su parte en la fiesta del niño y la cumplía muy gozosa. Y le recomendó que cerrara mucho, mucho, los ojos.

Y de pronto *Facultades* entró con un periódico en la mano y diciéndole aturdido:

—¡Ojú!

—¿Qué es? — preguntó Matilde llena de inquietud, volviéndose.

—Mira — respondió el criado mostrándole el periódico—. ¡Tenía

que pasá! La zeñorita Gloria ha rezurtao muerta en un arsidente d'artomóvil.

—¡Valiente cosa se ha perdido! —dijo la criada.

—Pos ahora—comentó el andaluz—, como no se haga la permanente en er Purgatorio...

Matilde ya no sentía interés por aquello. Era más importante la felicidad que, dentro de poco, se iba a dar a la criatura.

—Ya está dormidito—dijo a su novio.

—Pos yo — manifestó entonces *Facultades*—, ¡a la cocina, a vestirme de rey! ¡Lo que hay que jase en la vía! Yo que soy de la R. R. S. S. S... ¡cifiendo er manto e armiño!

Pero apenas si se habían aleja-

do de puntillas los dos criados, la criatura abrió los ojos. Era demasiada emoción la que sentía para que le fuese posible dormir.

Andresín levantó la cabeza, se destapó poco a poco, con cautela y ya de pie sobre la cama, abrió una luz que tenía muy próxima.

Luego, con sigilo, bajó del lecho y apresuradamente se acercó a la ventana. ¡Porque aquella noche venían los Reyes a traerle, a él, una mamáta!

Y miró con la nariz pegadita en la ventana. Y vió mucho ajeteo en el jardín y bocinas. ¡Los Reyes, que seguramente venían!...

Volvióse la criatura corriendo, apagó la luz y tapóse con mucho miedo. Que era menester que estuviese dormido... ¡Que si no los Reyes no se acercarían a hacerle regalo alguno, y esta vez él quería que le dieran su mamáta!

\* \* \*

Matilde dió la luz. Rodeando la cama del niño estaban Fernando, don Andrés, la abuelita, Teodora, María la Clara, y algunos servidores más.

Fué la abuelita quien destapó al niño y tocándole le hizo saber:

—¡Andresín! ¡Que han venido los Reyes.

El chiquillo se levantó de la cama, bajó de ella y fuese emocionado hacia la gran puerta de su cuarto que daba al gran salón...

Allí había un enorme árbol de Noel y al pie de él, una mujer muy guapa, muy guapa: ¡la mamáta soñada! ¡La mamáta que al fin trajeron los Reyes.

Y la criatura, lentamente y más de prisa después, corrió hacia su madre, la feliz Carmela, que se hallaba allí aguardándole con los brazos abiertos y elegantemente vestida.

Y por vez primera, la mujer que tanto sufriera, oyó el grito que sólo una alma femenina puede comprender en toda su grandiosidad:

—¡Mamá!

—¡Hijo!

Y Carmela y Andresín se fundieron en un abrazo.

Todos los asistentes les miraban sonrientes, pero con las sonrisas había emociones y de los ojos de las mujeres escapaban las lágrimas.

Y fué entonces que Fernando se adelantó. Y se quitó las gafas, dejando ver unos ojos llenos de luz, que jamás necesitaran de los cristales oscuros con que fueran cubiertos.

—¡Fernando! —fué la exclamación trémula de Carmelita, asombrada de que su esposo pudiera ver.

—¡Carmelita! —respondió él, abrazándola—. ¡Si te hubiéramos dicho la verdad, te habríamos perdido para siempre! ¡Perdóname!

Y aquella santa mujercita, que nada más hiciera que perdonar cuando la hiel anidaba en su alma, ¿qué iba a hacer ahora que rebo-saba de felicidad?

Con una sonrisa entregó el perdón...

Y entonces...

Entonces apareció *Facultades*, *Facultades* que había querido tener una parte muy importante en aquella fiesta y al que unos maldi-

tos zapatos que le entregaron pequeños, junto con el disfraz de Papá Noel, retrasaron miserablemente y le hicieron presentarse cojeando, que en vano trataba de vencer la buena voluntad...

Paróse, sin ver nada, atento sólo a dar la sorpresa. Y allá fué el disco de una de sus coplas, hechas para declamar en esta ocasión:

Arrodeado de jinetes,  
aquí viene er rey Merchó  
cargaito e juguetes...

Pero se detuvo, miró y dióse cuenta de que la fiesta había terminado sin haber empezado él.

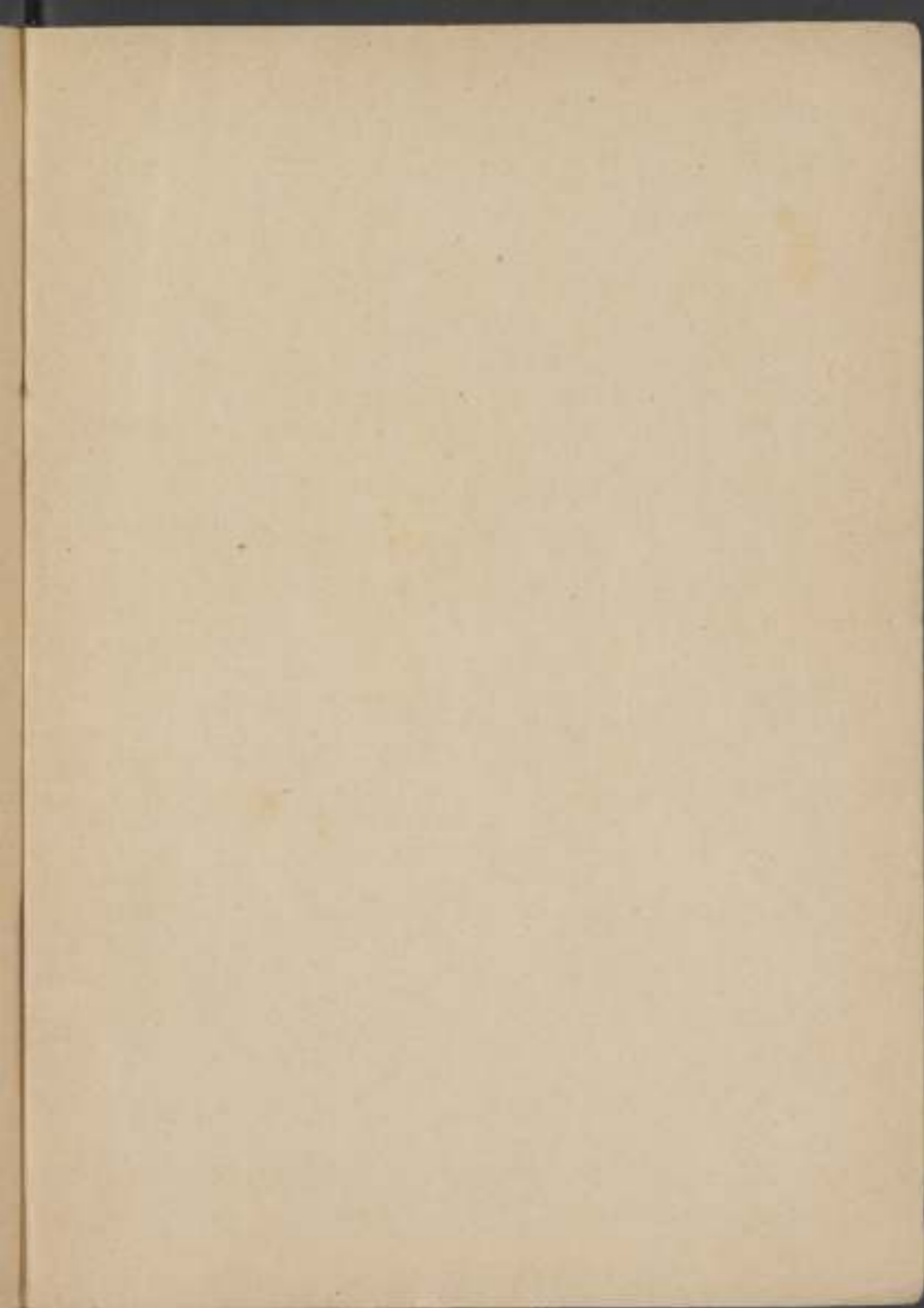
—¿He yegao tarde, verdá?... —dijo con desilusión y mostrando sus pies encarcelados—. ¡Si tengo los juanetes que pascen que ze les ha caído ensima... la Girarda!

Y como todos reían, acabó por reírse él.

¿Qué importaba aquel detalle ante la felicidad general?

FIN





**E. B.**

**Precio: Una peseta**